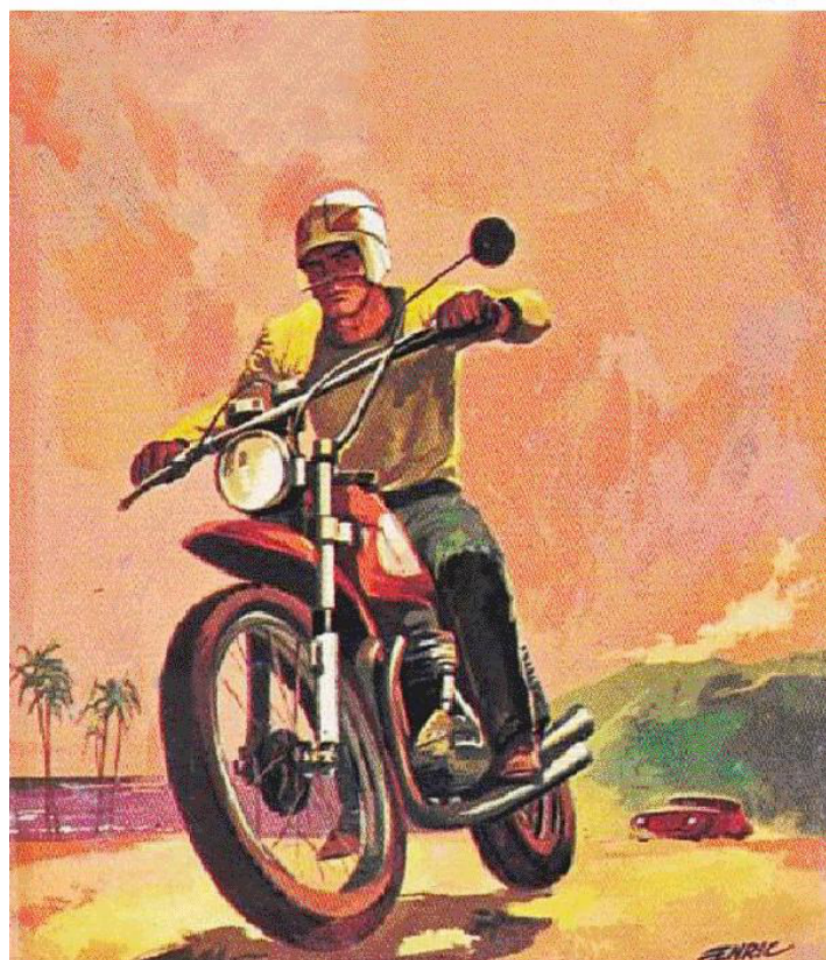




# el más peligroso secreto

Kelltom McIntire





COLECCION

# PUNTO ROJO

PUNTO  
ROJO







KELLTON McINTIRE

## **EL MÁS PELIGROSO SECRETO**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 660

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO**





ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 42.028 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1974

© KELLTON McINTIRE - 1974

texto

© ENRIQUE MARTIN, 1974

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.  
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974





Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia





**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BRAVO OESTE:  
483 — La pista de los cien mil.
- En Colección PUNTO ROJO:  
648 — Del color del odio.
- En Colección SERVICIO SECRETO:  
1.247 — Todos están muertos.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:  
988 — Pasaporte al Más Allá.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:  
48 — Del temple de los héroes.
- En Colección COLORADO:  
881 — Persecución hasta el infierno.



## CAPÍTULO PRIMERO

El

run-run

del motor apenas se escuchaba ante el fragor del mar, en las rompientes.

—Es la última vez —dijo el muchacho que permanecía acurrucado junto al timonel—. Es la última vez que vengo.

La embarcación, una barca de pesca de apariencia inofensiva, se mantenía en precaria situación tras los escollos, dando, a veces, tremendos bandazos que la empujaban hacia las rompientes.

Cuando eso sucedía, el hombre que gobernaba el timón, aceleraba el motor y compensaba con la hélice la desviación de la barca.

—¿Qué decías? —preguntó, volviéndose hacia el joven.

—No pienso volver, Luigi. Tú... no parece experimentar el menor temor. Pero yo...

Luigi era fornido, estrecho de rostro y ancho de hombros.

—Vamos, vamos, Sergio. No será nada. Hoy, mejor que nunca. ¿Quién crees que se hará a la mar con este tiempo maldito? Todo será más fácil. Y luego... Ya sabes, el jefe te meterá un buen rollo de billetes en el bolsillo. Reflexiona, Sergio: a ti te gustan las chicas de

L'Uccello

Rosso... Y los buenos trajes, los cigarrillos americanos, los coches deportivos...

Sergio no dijo nada.

Luigi tenía razón... en parte.

Sergio sólo tenía veintidós años, pero poseía la madurez de un hombre de treinta.

Fugarse del reformatorio, cuatro años atrás, fue el definitivo espaldarazo. A partir de entonces, había hecho de todo.

Y en aquel «todo» podía sobrentenderse todo lo peor: lo sucio, lo ilegal, lo que deja mal sabor de boca, a pesar de que llene los bolsillos de dinero.

Le gustaba la buena vida... ¿y a quién no?

Las cosas, sin embargo, habían ido demasiado lejos. Sergio no tenía una idea muy exacta de lo que hacía, pero intuía que era algo sumamente peligroso.

Aquellas salidas nocturnas a la mar, en medio de la tempestad, desafiando a la muerte...

—Es la última vez, la última vez —se dijo.

De repente, una luz comenzó a destellar en el panel de instrumentos.

Luigi escupió la punta del cigarrillo, y se aprestó a poner la nave en movimiento.

Una ola monstruosa los elevó seis u ocho metros. Sergio tragó saliva: los escollos estaban a menos de diez metros. Bastaría que Luigi se descuidase un milímetro y...

Pero Luigi jamás se descuidaba.

Súbitamente, la barca viró de bordo, y el petardeo potente del motor auxiliar se oyó por encima del fragor de las olas.

La nave viró a estribor, y cruzó junto a los escollos, haciéndose a la mar abierta.

—Sal a la cubierta. Tú tienes mejor vista. Avísame cuando distingas la silueta del barco —ordenó Luigi.

Obedeció, con miedo.

Agarró el cierre de la escotilla, empujó y... se vio precipitado sobre cubierta.

Sus manos se aferraron como zarpas, sus ojos miraron ansiosamente hacia proa.

¿Cómo diablos podía verse algo, en aquella noche oscura como boca de lobo?

Por otra parte, el viento soplaba a cien kilómetros por hora. El agua le golpeaba en el rostro, se le metía en los ojos.

Firmemente asido a la borda, escupió con rabia, y trató de avizorar hacia adelante, entornando los párpados.

No podía ver nada.

La soledad más espantosa, la furia de los elementos desatados... La mar arbolada, sumamente peligrosa, parecía exigir el tributo de

vidas humanas acostumbrado, la vida de los locos que se atreven a desafiar su vientre monstruoso.

Sergio tenía miedo, mucho miedo.

A cada momento que transcurría, pensaba más y más intensamente en su problema.

—No vale la pena... a pesar del dinero. Cualquier día nos ametrallarán los guardacostas. Y entonces...

Volvió adentro, aterido de frío.

—¿Qué? —preguntó Luigi, sin volverse.

—Nada. No hay nada. Ninguna luz. Es imposible ver, Luigi. ¡Es una locura! —gimió.

—Cobarde —gruñó Luigi, rabioso—. ¡Vuelve a la cubierta, y ten los ojos bien abiertos; es tu obligación!

Tuvo que volver afuera, al frío y al miedo.

¿Qué podía hacer?

Luigi era insensible, valiente, temerario y enérgico. No parecía sentir miedo jamás.

Y le superaba en veinte centímetros de estatura y casi treinta kilos de peso.

Le hubiera roto los labios de un puñetazo, de buena gana.

Las manos de Sergio se quedaron heladas, afianzadas en la cubierta.

Estaba empapado hasta los huesos, a pesar de sus ropas para agua.

El agua le golpeaba en el rostro, se le metía por el cuello, le helaba el pecho.

Súbitamente, la enorme silueta se destacó sobre los nubarrones ante él.

Tan grande fue su susto, que Sergio gritó de espanto.

—¡El barco, el barco! —gritó, descompuesto.

Distraído, no había advertido la luz roja que se movía en la cubierta del buque, apenas a treinta metros de la barca.

Tan atolondradamente intentó penetrar en la cabina, que se golpeó en la frente con el marco, y estuvo a punto de caer al suelo, sin conocimiento.

—¡Luigi, el barco! —gritó—. ¡Vira, vira, nos vamos a estrellar!

Luigi pronunció una seca maldición.

Inmediatamente, volvió todo el timón a la derecha, y Sergio

golpeó contra uno de los extintores, colgados en las paredes de la cabina.

Cuando consiguió ponerse en pie, Luigi seguía barbotando insultos. Pero había conseguido evitar la embestida.

—Vete afuera, cochino cobarde. Hay que trabajar. Y aprisa —gruñó.

Al amparo del buque, el viento era menos fuerte. Desde la cubierta del barco, cuatro hombres sujetaban la barca con largos bicheros.

Luego, bajó el primer bulto, sujeto a un cabo.

Sergio lo tomó con sus manos ateridas, y lo llevó a la cabina. Y así, otras seis veces.

Arriba, en la cubierta, volvió a destellar la luz roja.

Luigi aceleró el motor y viró a babor, despegándose del buque.

Ayudada por el viento, la barca alcanzó la costa, en media hora.

Con su habilidad de siempre, Luigi pasó entre los escollos, y la embarcación abordó la playa.

Un tractor haló de la barca, y la sacó, en treinta segundos, a tierra firme.

Cuando abandonaban la cabina, Luigi empujó despectivamente a Sergio.

—Eres un marrano. Pudimos destrozar la barca y matarnos. Por tu culpa. Creo que estás listo ya, muchacho —dijo.

Bajaron.

Tres hombres penetraron en la cabina, y descargaron los bultos, que fueron a parar a una pequeña «Formichetta».

Más allá, al resguardo de las rocas, Luigi estaba hablando con el *padrone*.

¿Qué le estaría diciendo?

Intentó aguzar el oído, pero el rumor de las olas, rompiendo sobre los escollos, no le permitió oír una sola palabra.

Suponía que Luigi no iba a andarse con remilgos. Diría al *padrone* todo lo que tenía que decirle.

Mejor. Detestaba seguir haciendo aquel «trabajo». Quería alejarse, empezar una buena y diferente vida.

Si había que doblar el espinazo, mejor.

No se equivocaba al pensar que Luigi iba a hablar de él al jefe.

—El muchacho no interesa, jefe. No tiene valor, está asustado.

Estuvimos a punto de estrellarnos contra el buque, ¿comprende? No dejaré que suba a la barca conmigo en otra ocasión. Es peligroso.

—¿Eso es lo que crees, Luigi?

—Sí. Si le obligamos a salir, un día u otro nos denunciará. Es un cobarde. Se ha ablandado, no vale para nada...

—*Va bene*, Luigi. Vete. A la tarde tendrás tu parte.

Cuando Luigi desapareció en la oscuridad, alguien llamó al muchacho:

—¡Sergio!

Se acercó. Era el jefe.

—Quítate el impermeable.

Obedeció. Había bajado la parte de la espalda, cuando un puño se estrelló contra su rostro, con terrible fuerza.

Fue a ponerse en pie, pero el impermeable a medio quitar se lo impidió.

Sollozó.

Una patada le alcanzó en la cabeza.

Luego...

Había cuatro hombres alrededor, y se ensañaron con él de forma horrible.

Su rostro quedó deformado por los golpes. Pero no era aquello solo: le dolía terriblemente el pecho, el vientre...

Casi inconsciente, Sergio notó que le tomaban en brazos, y se arrugó sobre sí mismo, esperando nuevos golpes.

Pero no fue así.

—Es bastante —dijo el *padrone*—. Llévalo tras las rocas. Con este ruido, nadie oirá los disparos. Y lastradlo después, no quiero líos con los gendarmes.

Sergio exhaló un alarido estridente.

Lo que acababa de oír suponía el ultimátum.

Desesperadamente, movió los brazos y las piernas, arañó y golpeó.

Por desgracia, los tres hombres que le arrastraron eran duros e incapaces de experimentar la menor piedad.

Ellos sólo debían cumplir la orden, atenerse a la regla.

Algunos segundos después, por encima del rumor fragoroso de la tempestad, se oyeron tres disparos.

—¡Giuseppe, Carlo, Tonino...! —llamó el *padrone*—. ¡Presto,

terminad, hace frío aquí!

## CAPÍTULO II

Pascuale Adorno esperaba en la terraza del aeropuerto de Fiumicino, cuando tomó tierra el «Jumbo» proveniente de Teherán.

Utilizó los prismáticos, y observó a los pasajeros que descendían del imponente «turbo-jet».

Sus labios se plegaron en un rictus inexplicable, al divisar la esbelta silueta de Valerio Razzoni.

¿Alegría, miedo, pesar...?

De todo un poco. La frase podía resumir el estado de ánimo del director de *Cittadino*, la modernísima revista semanal, famosa en toda Italia por abordar continuamente los problemas más escabrosos de la actualidad mundial.

Siguió con los prismáticos a Valerio Razzoni, hasta que penetró en el «túnel» de llegadas internacionales.

Entonces, Adorno dio la vuelta a toda prisa, y descendió hacia el vestíbulo.

Diez minutos después, se reunía con Razzoni.

El encuentro fue efusivo y cordialísimo por parte del joven, cuyo rostro estaba muy curtido y bronceado.

—Veo que has tomado el sol —dijo Adorno, envarado.

—He tomado el sol, he oído zumbar las balas, y he estado a punto de ser fusilado por los israelíes: me confundieron con un espía palestino. Pero dime, Pascuale, ¿qué te ocurre? No parece muy alegre de volver a verme al cabo de seis meses.

—Pues... En realidad, no puedo sentirme alegre —confesó.

Valerio Razzoni exhaló una carcajada alegre.

—Vamos, vamos, Pascuale, no es para tanto. No he dejado de enviarte material fotográfico y literario. El reportaje sobre Damasco fue impresionante, ¿no crees? Después de todo esto, tengo en proyecto realizar un gran...

—Aún no me has preguntado por qué te ordené regresar con

tanta urgencia —le interrumpió el director de *Cittadino*.

—Es cierto —se asombró—. ¿Cuál fue la razón?

—Hace días que trato de ponerme en comunicación contigo. Lo sé, lo sé, no me interrumpas o nunca podré continuar. Sé que las comunicaciones en los países en guerra no son todo lo rápidas que desearíamos los periodistas. Hace días...

—Lo has dicho dos veces —dijo Razzoni, impaciente—. ¿Qué sucedió?

—Lo siento, Valerio. La policía intentó entrevistarse contigo. El cadáver de un joven apareció en el mar, entre unas redes de pescadores. La policía lo identificó con las huellas necro-dactilares: el joven se llamaba Sergio Razzoni... —dijo con voz insegura.

—¡Sergio! —exclamó Valerio, incrédulo—. ¡No es posible! Creí que había muerto hace mucho tiempo.

—Ha muerto hace un mes. La policía me dijo algunas cosas, Valerio. Que tu hermano había sido un delincuente, que se fugó de un reformatorio de Turín, que algunas personas le habían visto recientemente en San Remo, en compañía de mujeres de vida alegre... Bien, creí que el asunto era importante para ti, y por eso te hice venir, incluso lesionando los intereses del semanario.

—Sergio —murmuró—. Mi padre no logró hacer carrera de él. Pero era mi hermano: me ocuparé de eso. ¿Muerte natural?

Adorno denegó, sin mirarle a los ojos.

—Tres balazos. Según la regla, Valerio: uno en la nuca, otro en el pecho y el tercero en el vientre...

—¿Mafia? —preguntó, con voz tan ronca, que Adorno se sintió impresionado.

—¿Quién puede asegurarlo? La Riviera dei Fiori[1] es una zona de contrabandistas, de lujo, de turistas y de vicio. Pudo ser cualquier extranjero o...

—Estoy seguro de que la policía no piensa eso, ¿verdad? —preguntó Valerio, acorralando a su jefe con la mirada.

—Bueno... No exactamente. Pero será mejor que salgamos. Tengo mi coche en la zona de aparcamiento.

Valerio le siguió con pasos de autómata.

En su interior, todo acababa de derrumbarse.

Su eterna ansiedad, su afán por prosperar, por convertirse en una celebridad, todo acababa de esfumarse en pocos segundos.

Había sido ascendido aprisa. Desde reportero callejero hasta primera figura de *Tempo*, *La Verità*, *Corriere delta Sera*... hasta convertirse en el hombre más cotizado de la profesión.

No le había importado abordar problemas escabrosos o peligrosos, ni exponerse en primera línea de fuego a la caza de la noticia.

Ahora surgía, la catástrofe: Sergio, a quien creía muerto mucho tiempo antes, volvía a cruzarse en su vida.

No le importaban las consecuencias. Estaba claro que la Prensa italiana agarraría materialmente la noticia entre sus zarpas para airearla a los cuatro vientos: Valerio Razzoni, hermano de un delincuente «ejecutado» por la Mafia.

De todas formas, Valerio Razzoni seguiría siendo importante, profesionalmente hablando.

Sabía que podía confiar en Pascuale Adorno, desde luego. Y tenía otros amigos, unos más importantes, otros menos.

Sergio...

Recordaba al niño mimado, al segundo hijo de sus padres. Un muchacho emocionalmente inestable, de cabellos rubios, más bien delgado, enfermizo...

Sergio no quería mucho a Valerio, ésa era la verdad.

Por entonces, Valerio estudiaba bachillerato con los jesuitas. Cada vez que regresaba al hogar paterno en Turín, Sergio enfermaba de celos.

El jefe de la familia, Dante Razzoni, había sido un funcionario honesto y pobre hasta el último de sus días. Y la madre, Antonella, una mujer llena de supersticiones y creencias absurdas. Naturalmente, era siciliana, y Valerio pensaba que tal circunstancia lo explicaba todo, en relación con su madre, ya muerta también.

Sergio había resultado difícil en su infancia. Pero en su adolescencia, alcanzó todas las marcas: citaciones judiciales, un proceso por robo, estancias en los reformatorios...

—Anda, Valerio; entra —dijo Adorno, por tercera vez.

Pestañeó. Llevaba diez minutos inmóvil, de pie, absolutamente absorto ante el «132» de Pascuale Adorno.

El coche se puso en movimiento hacia la ciudad: Roma, la universal y eterna.

Valerio volvió a pensar, con profunda inquietud, en su hermano

Sergio.

Se encontraba en la Universidad cuando recibió un día la llamada telefónica desde Turín: Su madre estaba en el hospital, víctima de un colapso cardíaco.

La causa era Sergio, que se había fugado del correccional, unos días antes. Valerio tenía ocho años más que su hermano, y se consideraba ya un hombre responsable. Se hizo cargo de las gestiones, hizo docenas de llamadas telefónicas, consultó con gendarmerías, hospitales... sin ningún éxito, porque Sergio no apareció.

Algunos meses después, un joven resultó muerto en la estación turinesa, atrapado entre los topes de dos vagones de mercancías, cuando huía con los objetos que había robado en uno de los vagones.

—Por favor, hijo; ve tú. Dicen que el muchacho muerto se parece a Sergio. Sé fuerte. Ve a la comisaría y pide que te dejen ver el cuerpo. ¡No puedo vivir tranquilo, pensando que puede ser Sergio! —le suplicó su padre.

Valerio fue al depósito de cadáveres, y se hizo mostrar aquel cuerpo.

Se sentía tan nervioso que apenas acertó a explicarse ante el funcionario del depósito.

Pero cuando aquel hombre alzó la sábana, y Valerio contempló aquel cráneo destrozado, sus entrañas se rebelaron.

El funcionario tuvo que sostenerlo para que no cayera al suelo. Amablemente, le acompañó hasta la calle y le recomendó:

—Debes volver a casa inmediatamente. No te entretengas por ahí.

Nunca supieron los Razzoni si aquel cadáver correspondía a Sergio o sólo a algún chico que se parecía a él físicamente.

Ahora, Valerio Razzoni lo sabía sin lugar a dudas: Sergio había muerto mucho después.

¿Era Sergio un criminal? ¿O sólo un joven descarriado?

No le sería difícil averiguarlo, pero a Valerio tal circunstancia no le importaba de forma decisiva.

—Asesinado —pensó. Y rectificó en seguida—. Ejecutado, mejor. Conforme a la regla: un tiro en la nuca, otro en el pecho, otro en el vientre...

Un soplo ardiente de indignación, se engendró en su corazón. Pero Valerio lo apagó inmediatamente.

—No debo permitir que mi alma siciliana salga a relucir —se dijo.

Adorno había sido discreto. Previendo que su estado de ánimo no era el mejor para charlar con nadie, le había llevado hasta la pequeña Piazza de San Giacomo, donde vivía Valerio.

—Previendo tus deseos, he reservado un billete para el ferrocarril de San Remo, Valerio... No tengas prisa, puedes estar unos días. A tu vuelta, ordenaremos el trabajo que traes, y volveremos a poner en marcha los proyectos pendientes. ¿Quieres que suba contigo?

—No, no; gracias, Pascuale. ¿Cuándo sale el tren?

—A las seis de la tarde.

—Me sobra mucho tiempo. Escucha, voy a anular esa reserva. Tengo mi viejo «Lancia». Iré en automóvil.

—Como tú quieras. Hice la reserva porque pensé...

—Lo sé: creíste que la noticia me anularía. Gracias.

Adorno esperó que Razzoni saliera del vehículo y dio al contacto.

—¡Espera! —exclamó, de pronto, Valerio, volviéndose con el pequeño maletín en la mano.

—¿Sí?

—No cuentes conmigo, Pascuale. No volveré hasta que no haya terminado. Y tú sabes lo que quiero decir con eso —murmuró, sin mirarle.

—Pero... ¡No puede ser, amigo mío! Hay mucho trabajo pendiente. Está la crisis energética, el espionaje en el Cercano Oriente, el escándalo de la prostitución... ¡Una montaña de trabajo! Y sólo tú eres capaz de satisfacer la voracidad de nuestros lectores. *Impossibile di tutto*, has de regresar antes de una semana.

Valerio endureció sus facciones. Pero luego, inmediatamente, pensó que Adorno no era un jefe, sino un amigo. Y que jamás le había escatimado dinero, facilidades, poderes...

—Veamos —dijo, acariciándose las finas arruguillas de su frente—. Imagina que voy a la Riviera dei Fiori a realizar un reportaje sensacional, sorprendente... Un reportaje que aumentará la tirada de nuestro *Cittadino* en medio millón de ejemplares...

—¿Quieres decir que vas a sacar a la luz los secretos de la Mafia, que vas a ponerte en peligro?

—Quiero decir que no volveré hasta que haya averiguado los nombres de los asesinos de mi hermano. Y que no me importará contarlo en mi página del semanario. En cualquier caso, supongo que mi nombre va a sonar mucho en la Prensa italiana. No te preocupes, amigo. Será un magnífico reclamo para la revista.

A Adorno no le costó gran esfuerzo adivinar la amargura que encerraban aquellas palabras.

—Ve, Valerio. La revista te respaldará con toda su fuerza —dijo.

—Un momento —exigió Razzoni, cuando ya se alejaba—. Será mejor que no hables con nadie de esto. Si tienes que telefonarme, no intentes comunicarte con Valerio Razzoni. Pide por Valerio Dossi. No lo olvides... Dossi.

### CAPÍTULO III

El motor del «Lancia» perdía agua por uno de los manguitos.

Razzoni lo había advertido al comprobar que el coche perdía potencia gradualmente, y que la aguja del termómetro subía en progresión inversa.

Había detenido el automóvil y esperado una media hora, para dar tiempo al motor a enfriarse un tanto.

Naturalmente, no había podido solucionar la avería, puesto que no llevaba repuesto. Un pedazo de esparadrapo adherido al lugar donde salía el agua se había demostrado ineficaz poco después.

Valerio se quemó los dedos y se ensució concienzudamente la vieja cazadora que vestía.

Finalmente, prosiguió el viaje.

Faltaban apenas cinco kilómetros para llegar a Bussana, un pueblecito de la costa, próximo a San Remo, pero Razzoni empezó a impacientarse.

Comprendía que hacía tiempo que debía haber cambiado el «Lancia». Se imponía adquirir un coche nuevo, más potente.

Pero el aspecto poco flamante del coche convenía a sus planes, y aquélla era la única razón de que lo hubiera utilizado para el viaje.

Cambió de velocidad y siguió adelante, a velocidad muy moderada. Necesitaba agua para echar al radiador, pero por más que esforzaba la vista, no encontró ningún sitio donde poder proveerse.

Acababa de superar una cuesta, cuando se ofreció a sus ojos el magnífico panorama del mar.

A la derecha, recostado en una pendiente, estaba el pueblecillo de Bussana.

Cortó el encendido, y continuó rodando, movido por la inercia.

Finalmente, el automóvil se detuvo a la entrada de Bussana.

A la derecha, un burro daba vueltas y más vueltas a una noria.

Razzoni tomó un bidón y bajó del coche.

Subió por una calle pedregosa y empinada, para no tener que llegar a la noria a campo través.

Fue entonces cuando advirtió el extraño hecho.

De una de las casuchas de la izquierda salieron dos personas. Un hombre uniformado de negro y una anciana.

Pero lo más asombroso era que entre ambos arrastraban más que portaban un... ¡un cadáver!

La vieja dirigió hacia el forastero sus ojos sin brillo, y pareció sobresaltarse.

Eso fue lo que Razzoni dedujo, puesto que las manos de la vieja se aflojaron y el cadáver se fue a tierra.

Razzoni se quedó pasmado al contemplar cómo el tipo de negro tiraba irreverentemente del cuerpo y lo arrastraba sobre la acera de losas de pizarra, en dirección al anticuado automóvil fúnebre detenido unos metros más allá.

El hombre era delgado, y el cadáver debía pesar demasiado, porque hizo un alto y se enjugó el sudor con la manga de su chaqueta.

La vieja dijo algo, y el tipo de negro miró hacia el forastero.

—Buenas tardes, señor —dijo—. ¿Quiere echarme una mano?

Valerio se preguntó si estaría soñando.

He aquí que acababa de llegar a Bussana, trataba de obtener un poco de agua para el caldeo motor de su viejo «Lancia», y un tipo vestido de negro —que parecía ser un empleado de pompas fúnebres— le invitaba campechanamente a ayudarlo a cargar un cadáver.

Se acercó, confuso e indeciso.

—¿Quién es? —preguntó.

—¿Éste? —repuso el hombre, señalando al muerto con un ademán—. Peppone Fischio. ¡El condenado...! En vida amaba el buen queso de Parma y los *ravioli*, amén del mejor tinto de la comarca. Y ahora soy yo el que paga los excesos que Peppone cometió en vida. ¿Va a echarme una mano? Esta mujer no tiene fuerzas.

—Espere —pidió Valerio—. ¿De qué ha muerto?

El hombre se encogió de hombros.

—¡Quién lo sabe! —exclamó—. La vieja dice que de una

comilona. Aquí tengo el certificado de defunción. Intenté leerlo, pero los médicos escriben para ellos, y maldita las ganas que tengo de estropearme la vista.

—¿Quién es ella? —preguntó Razzoni, curioso a pesar suyo, señalando a la anciana que les espiaba con ojillos vivaces.

—¿Ella? Es tía Ángela, la mujer que limpiaba la casa de Peppone Fischio. La pobre está en los huesos. Al parecer, Peppone se comía las tajadas, y dejaba a tía Ángela los huesos. ¿Va a ayudarme?

—¿Es que no hay un ataúd? —preguntó el forastero.

—Verá: han pedido a la empresa un entierro de tercera. Estos entierros se hacen casi por caridad. Hay un ataúd, que sólo se emplea para llevar los cadáveres al cementerio. Pero ahora está ocupado: están enterrando a Romano Caricone. Por tanto tengo que llevarme a éste en el coche, sin caja, ¿comprende?

Valerio escrutó el rostro del hombre muerto.

Era un tipo fornido, de mediana estatura, opulento de cintura, de rostro ancho y expresivo.

Un verdadero italiano a lo Folco Lulli: cabellos negros y fuertes, frente despejada, gran bigote lustroso y mandíbula redonda.

—Vamos, le ayudaré —dijo Razzoni, finalmente.

El hombre le tomó por los tobillos, y Valerio le agarró bajo la axila.

Al llevar el cuerpo, la camisa se abrió, y Valerio pensó que estaba viendo visiones.

¿No era sangre reseca lo que estaba viendo sobre el pecho de aquel hombre?

La sorpresa le impidió hablar.

—¡Auuuuúpa! —Gruñó el empleado.

Balancearon el cuerpo, y lo metieron en el destartelado coche fúnebre.

Entonces el pecho de aquel hombre quedó al aire, y Valerio pudo ver perfectamente los tres agujeros de bala.

El empleado cerró la portezuela de golpe, gruñó un apresurado «gracias», y se escurrió hacia la cabina.

Razzoni fue tras él, intentando detenerle, pero el hombre había arrancado ya y el coche saltaba sobre los guijarros espectacularmente, a punto de desencuadrarse.

Valerio quedó en el centro de la calle, como aquel que ha visto

una visión.

Un hombre, muerto violentamente, era sacado con toda tranquilidad de una casa, cargado en un coche fúnebre y llevado a enterrar, sin que la policía supiese una palabra.

Tomó el bidón que había dejado sobre la acera, y volvió sobre sus pasos.

La vieja estaba en la puerta de la casucha.

—Espere, por favor —exclamó, alzando una mano—. Tengo que hablar con usted.

Pero la vieja dio un respingo, al ver que el forastero corría hacia ella, y le cerró la puerta en las narices.

Fue inútil que Valerio golpeará la puerta hasta romperse los nudillos. La vieja no parecía muy decidida a entrevistarse con los forasteros.

Pasaron unos minutos antes de que Valerio se decidiese a encogerse de hombros y a cruzar la calle, en dirección al caramillo que llevaba hacia la noria.

Llenó el bidón en el chorro cristalino que caía sobre un estanque, y volvió a la calle, poblada de riscos.

Miró hacia la puerta, cerrada a cal y canto, y tomó a encogerse de hombros.

Valerio decidió olvidarse de ello.

Al fin y al cabo, el motivo que le traía a la Riviera dei Fiori era muy distinto: enterrar a su hermano.

Era amable el inspector Petri.

—Lo siento de verdad, señor Razzoni. Es una desgracia. Por supuesto, haremos todo lo posible. Yo, personalmente, me ocupo del caso. ¿Quiere una taza de café? Uno de mis hombres lo hace muy bueno.

—No, no, gracias. Quisiera ver a... a mi hermano.

—Nada más fácil. Venga conmigo.

Descendieron al garaje de la comisaría, y tomaron uno de los coches-patrulla.

Poco después, el vehículo se detenía ante un viejo edificio de ladrillo. Bajaron y el comisario Petri habló unas palabras con el funcionario uniformado de gris que salió a recibirles.

Guiados por aquel hombre, atravesaron un largo y frío pasillo, y penetraron en la sección de frigoríficos.

—El cadáver de su hermano tenía que haber sido inhumado ya, pero el señor Adorno insistió para que esperásemos hasta su vuelta, señor Razzoni —dijo el comisario, volviéndose hacia Valerio cuando el empleado extraía ya uno de aquellos alargados cajones frigoríficos.

No cerró los ojos. Ahora, Valerio Razzoni era un hombre curtido. ¿Cuántos cadáveres mutilados había contemplado al borde de las carreteras, allá en Oriente?

El rostro de Sergio aparecía azulado.

Eran sus facciones: cara aniñada, delgada, de pómulos muy salientes, labios finos, piel blanca, sin curtir.

No salieron las lágrimas. No podía llorar ahora, le era físicamente imposible.

Pero sí había un tremendo nudo en su garganta. Y el furor iba aumentando en su pecho.

—Sí, es él. Es mi hermano —dijo con voz ronca.

Petri hizo una seña, y el funcionario devolvió el cajón a su alojamiento.

—Volverá a Roma, supongo —dijo el comisario, cuando regresaban a la calle.

—Tengo que ocuparme del enterramiento de Sergio. Después...

Después, ¿qué?

No sabía por dónde empezar. Pero sabía que no descansaría hasta que el asesino o los asesinos de Sergio hubieran sido desenmascarados.

—¿Han averiguado algo? —preguntó a Petri.

El comisario le ofreció un toscano, que Razzoni rehusó con un gesto amable.

—Poca cosa, en verdad. Usted no conoce a la gente de esta comarca. Odian a la policía, y mantienen los labios apretados. He interrogado a docenas de personas, pero no he conseguido gran cosa, lo confieso. Sabemos que Sergio gustaba de frecuentar un club llamado

L'Uccello

Rosso [2]. Le gustaban las chicas, ¿sabe? Había comprado un coche deportivo de marca extranjera, un «Cooper», que encontramos en un garaje de Bussana...

¡Bussana!

¿Podía suponerse que Sergio Razzoni vivía en aquel pueblecillo de la costa?

Se lo preguntó a Petri.

—Eso fue lo que pensamos, en principio. Pero al único que le arrancamos unas palabras fue al dueño del garaje, un tal Peppone Fischio. Dijo que era la primera vez que el chico dejaba el coche en su garaje, que le había pedido que le cambiase la junta de culata, pues el auto se calentaba excesivamente. Naturalmente, Sergio no volvió a recogerlo. Pregunté a algunas personas en Bussana, pero todos dijeron que no habían oído hablar jamás de su hermano.

Valerio apenas escuchaba al comisario.

Pensaba en Peppone Fischio, al que había encontrado en Bussana... muerto de tres balazos en el pecho.

¿Por qué lo habían matado?

Una pelea, tal vez. ¿O guardaba su muerte alguna relación con la de Sergio?

—Por supuesto, haré todo lo que pueda, señor Razzoni. Si necesita algo, mientras continúe aquí, sólo tiene que llamarme a comisaría: le darían el número del teléfono de mi casa.

—Gracias.

—¿Quiere que le lleve a algún sitio?

—No, no... Necesito dar un paseo, respirar aire puro. Gracias. Tal vez vuelva a verle, comisario Petri. Ah... no diga a nadie que me encuentro en la Riviera.

Cuando el automóvil del policía se alejó, comenzaba a anochecer.

Las ocho de la tarde, la hora en que empiezan a abrir sus puertas los teatros, los locales de atracciones y los clubs.

Durante una hora, paseó despacio por las avenidas cercanas a la playa.

Hacia las nueve y media, detuvo un taxi y dijo al taxista:

—*Prego*, a

L'Uccello

Rosso.

## CAPÍTULO IV

El martini le supo excesivamente amargo.

Pero el lugar donde se encontraba era sumamente agradable.

—¿Solo, señor?

Valerio alzó los ojos, y vio a la mujer.

Los ojos negros sombreados en azul brillante sonreían, casi acariciaban.

—Sí. ¿Quiere sentarse? —invitó.

Unas de las camareras apareció en seguida.

—Martini.

Valerio le ofreció un cigarrillo, y ella sonrió suave mente.

—Soy Francesca Rutti. Trabajo aquí —dijo ella.

A Razzoni le llegó el perfume de la mujer, intenso enervante.

—Es curioso —dijo Valerio, de pronto—. No le veo por aquí.

—¿A quién? —preguntó ella, rápida.

—Un amigo, un muchacho muy joven. Prometió bus carme una canoa a motor, con el fin de hacer una excursión a Francia. Se llama Sergio, Sergio Razzoni. Me citó aquí, pero no le veo.

Francesca aproximó levemente su silla a la de Valerio.

—Quizá más tarde —dijo—. Es temprano aún.

—Quizá —respondió el hombre. Y añadió—: Tal vez tú le conozcas. Sergio me dijo que venía por aquí a menudo. Un chico delgado, más bajo que yo, de cabellos rubio oscuro.

La finísima mano de la mujer acarició la izquierda del hombre.

—Tal vez le conozco. Pero no le recuerdo, *amore*. ¡Hay tantos chicos semejantes a ese que tú buscas...! —exclamó, acariciándole con los ojos.

—¿Estás segura de no recordarle? —insistió él, mirándola a los ojos.

Ella rehuyó la mirada prontamente.

—¿Es que no te fías? Aún no me has dicho tu nombre.

—Me llamo Dossi, Valerio Dossi.

Francesca le envolvió en una mirada ardiente.

—Un bello nombré para un hombre guapo —dijo con lentitud—. Eres un tipo muy atractivo, Valerio. ¿Quieres pedir otros dos martinis?

Asintió.

La camarera se acercó, como si le hubiesen soplado al oído, y Valerio pidió nuevos martinis.

Francesca se inclinó, y le besó detrás de la oreja.

—Si tú quisieras...

—¿Sí?

—Comparto un apartamento con una compañera. Está muy cerca de aquí. En Vía Labiani, a un paso —explicó Francesca, con los ojos brillantes—. Hay algunas botellas de vino y también fiambres. Podíamos cenar juntos.

—¿Por qué no? —desafió Valerio, sin poderse explicar a sí mismo su osadía.

—De acuerdo, *amore*. Iré a hablar con Tomasso, el encargado, y de paso, me empolvaré la nariz. Llama a la camarera y paga. Volveré en un minuto.

Se puso en pie, y se alejó con un contoneo provocativo, que puso de manifiesto la esbeltez de sus piernas y la forma armoniosa de sus caderas.

No tuvo que llamar a la camarera. En

L'Uccello

Rosso, las camareras poseían una especie de «radar», que les advertía inmediatamente de los deseos más recónditos de los clientes.

Pagó, y encendió un nuevo cigarrillo, mientras esperaba.

La imponente Francesca Rutti volvió, poco después.

—He hablado con Paola —dijo, de pronto.

—¿Paola?

—La amiga de la que te hablé, la que comparte conmigo el apartamento de Vía Labiani. Le hablé de ese chico que te interesa, Sergio... Razzoni, ¿no?

—Sí. ¿Y qué...?

—Paola le conoce. Sabe dónde puedes encontrarle —manifestó Francesca.

El rictus de Valerio no pasó desapercibido a la mujer.

—¿Qué te ocurre, te sientes mal? Has puesto una expresión tan extraña...

—Nada. No es nada. Salgamos.

Ella le tomó familiarmente por un brazo. Salieron a la calle, y ascendieron por una callejuela empinada y estrecha.

Torcieron a la derecha.

Valerio miró la placa: Vía Labiani.

—Es aquí mismo, *amore* —dijo Francesca, en un murmullo mimoso, apretándole el brazo—. Te gustará. El apartamento es pequeño, pero está bien puesto. Ya lo verás.

Valerio no dijo nada.

A unos veinte metros, una persona que parecía esperar algo ansiosamente, desapareció con rapidez, en uno de los portales.

Cuando llegaron frente a aquella casa, Francesca runroneó:

—Es aquí. Entremos.

Valerio se detuvo, rígido.

Una densa sensación de peligro le rodeó. Volvió la cabeza, avizó, desconfiado, todos los rincones de aquella callejuela mal iluminada.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella, mirándole a los ojos—. ¿Vacilas? Vamos, Valerio, no eres un chiquillo.

—No es eso —dijo él, embarazado—. Se me han terminado los cigarrillos. Fumo continuamente. No podría pasar un rato sin el tabaco. Espera. Iré a comprar un par de cajetillas.

—Oh, no; no es necesario. —Francesca le retenía por el brazo—. Yo también fumo demasiado. Tengo cigarrillos arriba. Americanos.

Valerio tragó saliva. No tenía salida, tendría que subir con aquella mujer.

Ahora pensaba que había ido demasiado lejos. Aquel barrio sórdido, oscuro y silencioso, le enervaba.

Detrás de cada puerta, en cada esquina, podía haber un asesino esperando.

En el fondo, Valerio decidió que su temor era irracional.

¿Quién querría hacerle daño? No conocía a nadie en aquella ciudad; nadie conocía su verdadera personalidad... a excepción del comisario Petri.

Se dejó llevar.

La escalera era empinada, angosta, apenas iluminada por unas bombillas que desparramaban un poco de luz amarillenta sobre los gastados peldaños.

Francesca le besó en el rellano.

El sintió sus labios ardientes, carnosos y mil veces lascivos sobre los suyos y notó que inmediatamente la sangre fluía, caliente y loca, por sus venas.

—Subamos —propuso, con las fauces secas—. ¿Qué esperamos?

—Impaciente, ¿eh? —sonrió ella. Se apartó y ascendió, rápida, cuatro peldaños, de forma que el hombre pudiera contemplar sus piernas hasta una altura mareante.

La siguió aprisa, con urgencia.

Francesca sacó una llave y la introdujo en la cerradura, casi imposibilitada de realizar el movimiento por los brazos de Valerio, que la oprimía con fuerza.

Entraron.

Súbitamente, Valerio se separó de la mujer, y cerró la puerta de un portazo.

Ella parecía sorprendida de su brusca reacción.

—¡Valerio! ¿Qué significa...? —empezó a preguntar, con los ojos muy abiertos.

El hombre rió sin ganas.

—¿Cuánto dinero te han ofrecido por traerme aquí? —preguntó, con voz ronca.

—¿Cuánto dinero...? —La sorpresa estaba pésimamente fingida—. ¡Estás loco! ¿Cómo puedes imaginar que yo...?

—Lo sé. Tengo la certeza de que me has traído a una encerrona. ¿Cómo se llama la persona que te paga? —inquirió Razzoni.

Le temblaban los labios de sorda furia.

Súbitamente, la mujer intentó huir, escaparse hacia el fondo.

Valerio corrió tras ella, y la alcanzó junto al biombo.

Tan brutal fue su tirón, que ambos perdieron el equilibrio y cayeron sobre el biombo, derribándolo.

Una sucesión de apagados taponazos se dejó oír.

Valerio alzó la cabeza, y vio los impactos de bala que desconchaban aparatosamente la pared.

La tela del biombo se había desgarrado y, a través de la raja, brotaba el cañón pavonado de una pistola ametralladora, provista

de un tubo silenciador.

La reacción de Razzoni fue instintiva: un tirón al biombo, un tirón rabioso, que desvió el cañón del arma y envió hacia el techo una andanada de balas.

Francesca gritó, horrorizada, y se puso en pie de un salto, mientras Razzoni rodaba sobre el piso de baldosas y chocaba contra el pedestal que sostenía un pesado florero de bronce.

El florero se tambaleó y cayó.

Razzoni lo recibió sobre el pecho, y gruñó de dolor, a pesar de que había conseguido amortiguar el golpe con las manos.

Alguien juró groseramente cerca de él. Un hombre.

El biombo se movió.

Valerio vio surgir la cabeza peluda. Más allá estaba Francesca, absolutamente inmóvil, bañada en un charco de sangre.

¡Una de las balas debía haberla alcanzado...!

Valerio contuvo la respiración.

Se sentía morir, sabía que la metralleta iba a escupir plomo de un momento a otro.

Pero no podía hacer nada por evitar la muerte. Caído de espaldas sobre el pavimento, con el pesado florero sobre el pecho, aguardó.

Oyó el rumor de unos zapatos, la respiración jadeante de aquel individuo.

Entreabrió un milímetro los párpados, y le vio.

Era enorme: un hombretón de cerca de dos metros de estatura, vestido con una trenca oscura.

El matón estaba contemplando el cuerpo de Francesca, con pena. Movié la cabeza, con un gesto de conmiseración, y desvió sus ojos hasta Razzoni.

Valerio tensó sus manos sobre el florero. Despacio, muy despacio.

Los pasos del hombre retumbaron en su cabeza.

Estaba muy cerca, a dos pasos.

Fue entonces cuando la metralleta de culata rebatible comenzó a alzarse.

Iba a disparar.

En un intento desesperado por escapar a la muerte, Valerio tensó los hombros, aspiró aire con ansia, y lanzó el florero contra el rostro

del otro.

El alarido coincidió casi matemáticamente con el característico «plop-plop» de los disparos.

Se incorporó de un salto, y vio que el hombre de la metralleta se derrumbaba pesadamente.

En aquel momento, alguien gritó, fuera. En el desensillo.

—¡Abran, abran! ¿Qué ocurre ahí?

Valerio miró, consternado, en todas direcciones.

¿Por dónde huir?

Sus ojos tropezaron con el cuerpo caído de Francesca Rutti. Una pizca de piedad brilló en los ojos de Razzoni.

La puerta del vestíbulo se estremeció: estaban golpeándola, intentando derribarla.

Entonces Valerio saltó sobre el cuerpo del desconocido, empujó una puerta y penetró en una diminuta coma.

Abrió la ventana, de un tirón.

Vio el patio de vecindad, las frondosas plantas que crecían en un jardincillo diminuto.

No lo pensó.

Pasó una pierna sobre el alféizar, se descolgó y soltó las manos.

Se hizo daño en un costado, pero unos segundos después se incorporaba y encontraba una puerta que comunicaba con una callejuela, llena de montones de escombros y poblada de yerbajos.

## CAPÍTULO V

Dejó sesenta liras sobre el mostrador del kiosko, y tomó el periódico.

La noticia aparecía en primera página, tal como había imaginado.

### «PROSTITUTA ASESINADA EN SU APARTAMENTO»

«Una mujer de vida alegre, Francesca Rutti, fue encontrada muerta en su apartamento de Vía Labiani, a la una de la madrugada de hoy. La policía sospecha de un individuo de buena apariencia, moreno, de unos veintiocho años, vestido con una cazadora *beige* y pantalones oscuros. El sospechoso fue visto en compañía de la Rutti, en un club nocturno de esta ciudad.

»Es lamentable que...»

Valerio plegó el periódico, con ira.

Las cosas estaban tomando un camino peligroso. Cierto que su descripción no era muy completa, pero si el comisario Petri disponía de una memoria regular, no tardaría en relacionar al supuesto asesino de Francesca Rutti con Valerio Razzoni, en razón a su indumentaria.

La cólera bullía en su pecho. La Prensa hablaba de Francesca Rutti y de él mismo, aunque afortunadamente no conocieran su identidad.

Pero... ¿y el tipo de la metralleta? ¿Es que no lo habían encontrado en el apartamento de la Vía Labiani?

Había recobrado el conocimiento y huido, era la única respuesta.

Se frotó el cuello, nervioso.

El coche estaba junto a la playa, muy cerca del muelle de pescadores, a media distancia entre San Remo y Bussana.

Dejó el periódico, y caminó hacia el barrio de casas viejas, medio ruinosas.

Entró en una ropavejería, y adquirió unos pantalones tejanos a medio uso, y una camiseta azul, con una curiosa inscripción en tinta roja:

«ESTOY DISPONIBLE».

Volvió al coche y se cambió, tras lo cual ocultó la cazadora y el pantalón gris.

Estaba decidido a realizar una investigación en Bussana, puesto que la muerte —asesinato, probablemente— de Peppone Fischio, parecía relacionada de alguna forma con la de su hermano.

Arrancó y rodó por la carretera de la costa, a moderada velocidad.

Buscó con la vista un bar o una cafetería donde saciar su hambre, pero no encontró nada semejante, en todo lo que abarcaba la vista.

Dos kilómetros más allá, Valerio divisó unos toldos de colorines, entre las frondas de unos eucaliptos.

Descendió por un caminito y sonrió al leer el cartelón colgado de un árbol:

«ASILO DEL CAMINANTE. COMIDAS BARATAS,  
CERVEZA, BUENA CONVERSACIÓN, SOL, MAR Y  
DISCRECIÓN».

En un claro entre los árboles, había una gran caseta, con una barra rústica formada por tablones de pino.

«He aquí un lugar donde mi vestimenta no llamará demasiado la atención» pensó Razzoni.

En la caseta había un hombre alto, gordo y peludo, vestido con una sencilla camiseta.

Razzoni sacó el coche del camino, y lo estacionó a la sombra.

—Hola —dijo el gordo de forma campechana—. ¿Bocadillos, cerveza...?

—Un par de bocadillos y una botella de cerveza —asintió Valerio.

—Calamares frescos y *foie-gras*. Es todo lo que hay —dijo el hombre, apartando de sus labios el gordo cigarro que fumaba.

Razzoni estuvo de acuerdo. Tenía hambre, y tardó pocos minutos en despachar los bocadillos.

Una muchacha morena, muy bella, con los cabellos al viento, vino corriendo hasta la caseta, y se colgó del brazo del hombre gordo.

—Vamos, vamos, Leo. Ven con nosotros. Sin ti, la gente se aburre. Quieren escuchar tus gorgoritos... ¿Es que no has comprendido todavía que a los chicos les gustan tus arias? —exclamó burlonamente.

El hombre miró a Razzoni, y dijo:

—¿Me disculpa, amigo? Venga, venga con nosotros, si quiere. El negocio es de todos, y nos sirve de perlas para vivir sin dar golpe. Pero lo que más nos gusta es cantar y tumbarnos al sol. Es nuestra filosofía. Coja su cerveza y venga. Lo pasará bien, ya lo verá.

Valerio apartó sus ojos de la silueta perfecta de la chica. Tomó su cerveza y les siguió.

Los muchachos le hicieron un sitio, de buen grado, en el corro.

Pero a Razzoni se le cortó el resuello cuando la muchacha se sentó a su lado. Tan cerca que sus brazos desnudos se tocaban.

—Yo soy Rossana —dijo ella, mirándole a los ojos, sin descaro—. ¿Y tú?

—Valerio Dossi.

—No eres de aquí, ¿verdad? Tu acento es demasiado limpio. ¿Romano?

—Vivo allí. Pero ahora... Bueno, quiero vivir a mi manera, como vosotros mismos. Sin preocupaciones, ¿comprendes?

Ella le miró, sonriente.

—Perfecto. No hay más preguntas: el interrogatorio ha terminado. Todos son amigos: Folco, Rocco, Luigi, Johnny Leone, Leo, Gianna, María, Ida, Clara, Andrea, Cesare... ¡Amigos éste es Valerio Dossi! Simpatiza con nuestra forma de vivir y estoy segura de que nos visitará a menudo.

Valerio se sintió taladrado por una docena de ojos, y se ruborizó levemente.

Puesto en pie, se inclinó y exclamó:

—Encantado, mucho gusto; encantado, encantado...

Pero Rossana le obligó a sentarse de un tirón.

—¡Al diablo! —exclamó, de forma expeditiva—. Entre nosotros no hay fórmulas de cortesía. Eso es propio de los burgueses. Nosotros hablamos claramente y huimos de las hipocresías. ¡Vamos, Leo; deléitanos!

El gordísimo Leo hinchó el pecho, y dejó escapar su vozarrón. Dos chicos le acompañaron pésimamente con sus mandolinas.

Un claxon potente obligó a callar al improvisado tenor. Las mandolinas enmudecieron, y todos dirigieron su mirada hacia los árboles.

Valerio miró a Rossana, y advirtió que la muchacha había palidecido intensamente.

Siguiendo su mirada, Valerio vio que un gran coche deportivo se había detenido entre los árboles.

Un hombre salió del «Lamborghini», y se estiró cuidadosamente los puños de su camisa.

Vestía con ridícula elegancia, y se movía con cierta afectada rigidez.

—¡Rossana! —llamó el hombre, con voz autoritaria.

La jovencita se mordió los labios, inquieta.

—¿Quién es ése? —preguntó Razzoni, en voz alta.

Al fin, Rossana se incorporó lentamente, y se alejó del grupo, en dirección al desconocido.

Las mandolinas volvieron a sonar.

Pero Valerio no prestaba atención a los chicos, que intentaban volver a sus canciones y a su jolgorio, sin mucho éxito.

Razzoni se puso en pie, y se apartó unos pasos.

Desde donde se encontraba, pudo contemplar cómo aquel hombre de unos cuarenta años tomaba a Rossana por los brazos.

Hablaba en tono iracundo, gesticulando mucho.

Valerio, que no perdía de vista a la pareja, vio que la muchacha se soltaba de repente, y daba media vuelta.

Entonces el hombre la aferró por un brazo, tiró de ella salvajemente, y le cruzó el rostro de dos bofetadas.

Un grito rebelde salió de la garganta de Razzoni. Miró hacia los chicos del carro, y advirtió que habían callado.

—¿Quién es ese hombre? —gritó.

Leo se aproximó a él.

—Escucha, muchacho. Olvídalo. No es cuestión tuya.

Valerio le miró con desprecio.

—Ella es vuestra amiga, ¿o no? Ese tipo la está maltratando. ¿Es que tiene algún derecho a hacerlo?

Leo no le contestó.

Entonces Valerio echó a andar decididamente hacia los árboles.

Llegaba cerca del coche, cuando Rossana salió despedida de un brutal bofetón de los brazos de aquel desconocido.

Los insultos que aquel hombre dirigía a la muchacha, hicieron daño en los oídos de Razzoni:

—*Porca putana, viziosa, perdita, maledetta ragazza birichina...!*

Rossana gemía en el suelo.

El individuo se inclinó sobre ella, y la levantó.

—Vendrás conmigo —dijo, con las facciones tensas—. Si vuelvo a verte en compañía de esos indeseables, te mataré.

—Rossana se queda —dijo Valerio, apareciendo tras el tronco de un árbol.

A él mismo le sorprendió su voz.

¿No era demasiada osadía enfrentarse a un hombre que le ganaba en estatura y en peso?

El hombre se volvió de un brinco, y le miró.

—¿Quién es ese tipo? —Gruñó, mirando a Rossana, a la que mantenía agarrada por un brazo.

—Eso nada tiene que ver —respondió el propio Razzoni, con voz increíblemente fría—. Suelta a la muchacha, y vaya a lucir su coche a la ciudad.

La cólera atragantó al hombre que había abofeteado a la chica.

—Te voy a partir por la mitad —rugió.

E inmediatamente, se lanzó sobre Razzoni, con la cabeza baja.

Rossana salió despedida, y cayó sobre la arena. Un grito de espanto salió de sus labios, al advertir que Valerio permanecía inmóvil.

Súbitamente, Razzoni se apartó, sus dedos hicieron presa en el brazo de su enemigo, y le proyectaron en el mismo sentido de su acometida.

El hombre chocó de cabeza contra el tronco de un eucalipto, exhaló un gruñido y quedó inmóvil.

Rossana se había puesto en pie, y contemplaba al individuo con el rostro palidísimo.

—¡Dios mío! —sollozó.

La cólera inflamó el pecho de Razzoni.

—¿Le amas? —preguntó, con fingida indiferencia.

—¿Amarle? Oh, no; pero le temo. Y lamento que te hayas metido en esto, por mí, Valerio. Domenico... Bueno, es un hombre importante y poderoso. No olvidará esto, lo sé.

Valerio dejó escapar un suspiro.

—Domenico, ¿qué?

—Domenico Martini. Posee barcos de pesca, camiones... Es rico, Valerio. Se encaprichó de mí. Incluso me dijo que quería casarse conmigo. Hace unos minutos... se empeñó en que volviese con mis padres. Y le dije que no...

—¿Por qué?

—¿Por qué tantas preguntas? —La jovencita parecía impaciente—. Está bien, te lo diré: mi padre es un hombre acomodado, un burgués... Yo odio todo lo que significa la burguesía, ¿comprendes? Mi padre quería que terminase mi carrera de farmacia, que me casase con un hombre como Martini. A ellos no les importa demasiado la moralidad de este hombre. Les importan mucho sus cientos de millones de liras, Valerio. Por eso huí de casa y vivo aquí, en la playa, donde nadie tiene que imponerme un modo de vida.

Súbitamente, Razzoni rompió a reír.

Ella le miró, entre confundida y disgustada.

—¿De qué te ríes?

—Nada, no es nada. Habrá que ocuparse de Martini. Parece que recibió un buen golpe.

—¿No le habrás matado? —preguntó Rossana, espantada.

—No. Está desvanecido. Trae un poco de agua.

—Ten cuidado —advirtió ella, mirando al caído coa recelo—. Domenico es un tipo de carácter agrio y violento. Lleva siempre una pistola. Y hay quien piensa que la ha utilizado muchas veces para quitar del medio a quien le estorba.

—Está bien. Ve por el agua.

Rossana se alejó, vacilante. De vez en cuando, se volvía a mirar atrás.

Entre tanto, Valerio se inclinó sobre Martini y le cacheó.

Tenía un excelente mechero de oro, una cartera repleta de billetes, y una pistola marca «Beretta».

Mientras extraía el cargador y sacaba los proyectiles, Valerio pensó en lo que acababa de decir Rossana de aquel hombre.

¿Era posible que en la era de los viajes espaciales y del superdesarrollo, un hombre acomodado, un industrial como Martini, se librase de sus enemigos a tiros?

No podía creerlo.

Pero también él mismo, Valerio Razzoni, había tenido que curtirse y prepararse para defenderse, incluso para prosperar.

Cuando la jovencita llegó, con un cubo de plástico lleno de agua, Valerio le mostró la pistola.

—Tenías razón. Martini no parece tener muy buen genio. Trae el agua.

Tomó el cubo, y derramó el agua bruscamente sobre el pecho y la cara del hombre caído.

Pasaron unos segundos.

De pronto, el hombre tosió secamente y maldijo, atragantándose.

Un momento después, se incorporaba y miraba a Razzoni con los ojos inyectados en sangre.

—Perro... —Gruñó.

Rossana gritó horrorizada al ver que sacaba la pistola.

—Tranquilízate —dijo Valerio con voz sosegada—. No lo hará. Quiero decir que no disparará sobre mí, ¿verdad, señor Martini? Usted es un hombre de carácter violento, pero no un asesino. Es un hombre honrado, un industrial, ¿no es eso?

A Martini le tembló la mano que empuñaba la pistola.

—¿Eso crees, mequetrefe? —rugió—. ¡Yo te demostraré lo contrario!

Rabiosamente tiró del carro y montó la pistola.

Apuntó, apretó el gatillo y... Rossana se desmayó.

Perplejo, Martini miró la pistola y volvió a disparar.

Todavía estaba mirándola con expresión de inmenso asombro, cuando Razzoni saltó sobre él y le golpeó en la garganta con el

canto de la mano.

Martini desorbitó los ojos y cayó al suelo.

Respiraba muy mal, su rostro tenía un tono terroso y sus negros cabellos ensortijados se habían llenado de arena.

Valerio le alzó con esfuerzo y le apoyó sobre el coche.

—Váyase, Martini —dijo, jadeante—. Váyase y olvídense de que existe una muchacha llamada Rossana.

Abrió la portezuela del coche y le empujó con fuerza sobre el asiento.

Martini quedó inmóvil, respirando entrecortadamente.

Cuando hubo recuperado en parte la respiración, alzó los ojos y miró a Razzoni.

—Vete lejos de aquí —murmuró.

Dio al contacto, metió una velocidad y el coche saltó hacia adelante. Las ruedas derraparon en el suelo y alzaron un surtidor de arena que cayó sobre los bronceados muslos de Rossana.

Valerio se inclinó sobre ella, sintiendo una desconocida ternura en el fondo de su corazón.

A pesar de ello, la abofeteó ligeramente.

La muchacha abrió los ojos, parpadeó y sonrió.

—Estás vivo —murmuró, con un hilo de voz.

Valerio lanzó una carcajada alegre.

—¿Qué creías? Mientras fuiste por el agua, cacheé a Martini, encontré la pistola y le quité las balas. Sólo quería comprobar la verdad de lo que tú habías afirmado. Y ahora sé que Martini es un verdadero asesino. Podría denunciarlo, Rossana.

—¡No lo hagas! —Casi gritó ella, incorporándose.

—¿Por qué?

Ella bajó los ojos, conturbada.

—Bueno... Tendrías que citarme como testigo. Y también a ellos —dijo moviendo la fina barbilla en dirección al grupo de sus amigos.

—Ésos... —Gruñó Valerio—. Son unos cobardes.

La muchacha se puso en pie furiosamente y le dio la espalda.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó él, confuso.

Pero ella caminaba ya hacia la caseta y Valerio tuvo que correr para alcanzarla.

—Perdóname, Rossana. No quise ofenderte. Pero ellos... se

quedaron cruzados de manos cuando vieron que Martini te golpeaba. No me parece precisamente una prueba de amistad —dijo él.

—No puedes comprenderlo, Valerio. Si no intervinieron fue porque...

—Dilo —la animó Razzoni, advirtiéndole que ella vacilaba.

—No intervinieron porque Martini tiene una fama detestable. Y además, porque todos están fichados por la policía.

—¿Tus amigos? —se sorprendió Valerio—. ¿Y por qué?

—Por consumir estupefacientes. Les gusta fumar unos cigarrillos de marihuana. Y eso es delito en nuestro país, ¿comprendes?

—Comprendo —respondió Valerio, desconcertado—. Imagino que tú también fumas...

—Has acertado —admitió ella, observándole—. Si esto te escandaliza, lo mejor es que te marches de aquí.

## CAPÍTULO VI

Era muy dificultoso escribir con la máquina sobre las rodillas y sentado en el asiento del viejo «Lancia».

Finalmente, Valerio optó por dejarlo.

Sentía el ánimo inquieto, como si esperase algo que irremediablemente tenía que ocurrir.

Al atardecer, la playa se había animado mucho. Había gente joven con sus tocadiscos a pilas, con sus gritos y sus canciones alegres.

Sin poder evitarlo, sus pensamientos volaron a Rossana.

Bajó del coche y miró entre los árboles.

Ella estaba en la caseta, asediada por un grupo de hombres maduros, que, posiblemente, sólo iban allí para poder bromear con ella.

Valerio experimentó el aguijón doloroso de los celos:

Encendió un cigarrillo y anduvo despacio hacia la playa.

Por una vez en su vida, Valerio Razzoni se sintió, de repente, espantosamente solo en medio de la multitud.

Sus padres habían muerto hacía años. Sergio...

Sergio sería enterrado al día siguiente. Y a su entierro no asistiría más que una persona: él mismo, Valerio.

Había conocido a muchas mujeres. De diversas razas, de distintos niveles sociales.

Pero ahora... Ahora echaba de menos la compañía de alguien en quien pudiera depositar su confianza.

Súbitamente, Valerio notó que no estaba solo. Fue una sensación extraña, como si un halo de calor le rodease.

Se volvió bruscamente y la vio.

Era Rossana. Parecía asustada.

—Valerio... Tres hombres vinieron a buscarte mientras tú dormías en el coche.

—¿Quiénes eran?

Ahora no se sentía solo ya. La presencia de ella ahuyentaba la soledad y la tristeza.

—Sólo conozco a uno de ellos. Un bestia. Se llama Giorgio La Troppa y todo el mundo le teme. Los otros dos eran desconocidos, de la misma calaña, se les veía a una legua.

—Comprendo. ¿Crees que les envié Martini?

—No lo sé. Pero ¿qué otra persona pudo ser? A La Troppa suelen contratarle para dar una paliza a cualquier tipo que estorba, ¿comprendes? Escucha, Valerio: Debes volver a Roma. Tú pareces un hombre educado, culto. Allí podrás encontrar un buen empleo.

—No me iré. Tengo que hacer algo.

—Lo suponía —dijo ella, como quien hace un descubrimiento—. En tus ojos hay un brillo de tormenta. Vete, Valerio. Aquí...

«La besaría ahora mismo», pensó él, viendo sus labios tan próximos y brillantes.

Y lo hizo.

Ella se dejó besar y de repente se abrazó con fuerza a él.

—*Amore, amore...!* —murmuró roncamente—. Debes marcharte. Es por tu bien.

Valerio sintió unos vehementes deseos de abrazarla con toda su alma, de tomarla en volandas y llevársela muy lejos de allí, de olvidarlo todo.

Pero no podía hacerlo.

La mitad de su sangre era siciliana, fuerte, espesa. Y pedía venganza. Venganza por un asesinato atroz, el de su hermano Sergio.

—Si tú quisieras ayudarme... —dijo, soltándola—. Tú conoces esta comarca.

—Habla. Te ayudaré, si puedo —respondió ella fogosamente.

—Hace un mes, unos pescadores encontraron en su red un cadáver. El cuerpo de un muchacho. Se llamaba Sergio y era mi hermano... Pero ¿qué te pasa, Rossana? ¡Estás tan pálida!

Ella temblaba. ¿De frío o de miedo?

—¿Sabes algo? —preguntó él.

Pero ella negó bruscamente con la cabeza.

—Lo... lo siento, Valerio. Nada sé de eso. Sigo... sigo pensando que es mejor que te marches.

Antes de que hubiera podido retenerla, Rossana corría entre los árboles en dirección a la caseta.

Pero ahora Valerio sabía algo: ella estaba aterrada.

Lo había notado en el temblor de su cuerpo, en la expresión huidiza de sus maravillosos ojos negros.

Volvió sobre sus pasos, cruzó entre el ruidoso grupo de muchachos que jugaban con un balón y se acomodó en su coche.

Tenía que cruzar Bussana, ascender por aquella calle llena de riscos y conseguir una conversación con la mujer que hacía la limpieza en casa de Peppone Fischio, el dueño del garaje a quien Sergio había confiado su «Cooper».

Antes de arrancar, escondió su pasaporte y su permiso de conducir bajo la alfombra y ocultó la máquina de escribir bajo un viejo mono de mecánico que siempre llevaba en el maletero.

El motor arrancó aceptablemente y Valerio abandonó su cómodo refugio de los eucaliptos.

Alcanzó el pueblecillo, lo cruzó y ascendió despacio por la empinada calle, procurando evitar que los bajos del coche rozaran contra los peñascos que surgían sobre el suelo aquí y allá.

Antes de abandonar el coche, dirigió una mirada a la casa que le interesaba.

Apagó las luces. La iluminación de la calle estaba reducida a una lámpara distante, que mantenía los alrededores en penumbra.

Bajó y se aproximó a la casa. Había un timbre, pero no se oyó ningún sonido, a pesar de que Razzoni lo oprimió varias veces.

Tampoco los golpes que dejó caer sobre el portón obtuvieron ninguna respuesta.

Valerio dudaba.

No sería difícil ascender al tejado utilizando una de las ventanas, pero el hecho en sí entrañaba un delito: allanamiento de morada. Si los *carabinieri* le sorprendían allí, iba a ser muy laborioso encontrar una respuesta convincente.

Finalmente se decidió.

Escaló la reja, subió hasta el límite, impulsó su cuerpo con fuerza hacia arriba y su mano derecha agarró el borde del canalón de zinc.

Ascendió por el alero, descendió al otro lado y divisó el hueco de un corral.

Un minuto después empujaba una puerta y penetraba en la casa sin más problemas.

Peppone Fischio había modernizado interiormente aquella humilde vivienda de forma muy efectiva: muebles caros, excelente suelo de roble, vajilla de plata de gran precio, televisión en color...

Todo aquello revelaba unos ingresos cuantiosos, pero de nada valían a Razzoni. La vieja tía Ángela no apareció por ninguna parte.

Registró concienzudamente los muebles, pero no encontró nada interesante.

Diez minutos después, abrió la puerta de la calle, mediante el sencillo procedimiento de descorrer las fallebas.

Arriesgó la cabeza fuera del quicio y... dio un respingo al contemplar a los tres individuos que parecían muy interesados en registrar su «Lancia».

Colocado delante, de forma que Razzoni no pudiera escapar por sorpresa, un imponente coche americano de color azul.

Eran tres individuos corpulentos, vestidos con trencas y chaquetones de piel. La calva de uno de ellos relucía a la distante luz de la única lámpara que iluminaba la calle.

Entonces recordó el aviso de Rossana: tres hombres le andaban buscando. Uno de ellos, un maleante llamado Giorgio La Troppa.

Valerio estaba seguro de que eran los tres hombres que registraban con inaudita frescura el «Lancia».

¿Cómo habían llegado hasta allí?

Misterio.

Por una parte, Valerio pensaba que lo mejor era guarecerse en la casa de Peppone y aguardar hasta que aquellos bestias decidieran marcharse.

Por otra... Temía que llegasen a encontrar sus documentos. Entonces conocerían su identidad y el problema se agravaría.

El nombre de Valerio Razzoni era demasiado conocido. Los reportajes que habían puesto al descubierto los casos más escandalosos del país, habían sido firmados con aquel nombre.

Si Martini estaba relacionado con la Onorata Società, el cerco se estrecharía alrededor de Razzoni hasta estrangularle; Valerio lo sabía muy bien.

Por tanto, era mejor intentar evitar que aquellos individuos conocieran su identidad, aunque fuese a la desesperada.

La pila de troncos que había junto al portillo que daba entrada a la huerta de enfrente, le dio la idea.

Retrocedió, entornó la puerta y buscó algo en las habitaciones.

Necesitaba cualquier objeto pesado, metálico. Lo encontró en un bello y brillante almirez de latón, colocado sobre la chimenea de la cocina.

Volvió a la puerta y comprobó que uno de los individuos había penetrado en el «Lancia» y estaba levantando los asientos.

Tenía que actuar con rapidez. Echó el brazo hacia atrás, tomó puntería y lanzó el pesado almirez sobre la base de la pila de madera.

Uno de los troncos se desvió y provocó el derrumbamiento de una docena de ellos, que rodaron ruidosamente calle abajo.

Inmediatamente, Valerio entornó la puerta, dejando apenas una rendija para mirar.

Primero vio aparecer en su radio de visión a uno de los hombres.

Y se estremeció al reconocer aquellos rasgos brutales: era el mismo individuo que la noche anterior asesinara a Francesca Rutti en el apartamento de Via Labiani.

Los otros dos aparecieron un momento después.

Valerio advirtió un destello metálico en sus manos: los tres iban armados.

Su actitud era la propia de cazadores al acecho, sorprendidos por la acción inesperada de su presa.

—Detrás de la tapia, Aldo —gritó el calvo.

Dos de ellos penetraron a través del portillo y desaparecieron a la vista de Razzoni.

El hombretón de la brillante calva rodeó la pila de leños y desapareció un momento, igualmente.

Valerio no esperó más.

De un salto abandonó la casa y corrió a toda velocidad cuesta abajo.

Por un momento dudó entre introducirse en su «Lancia» o en el coche americano de los otros.

Optó por el «Lancia». Metió la llave de contacto en su alojamiento y dio al arranque.

¡Y el viejo cacharro no arrancó!

Obsesionado, volvió a insistir. Pero el motor sin dejar oír su

característico trepidar.

Una voz ronca, desagradable, gritó entonces:

—¡Volved, volved, estúpidos! Está aquí... ¡acaba de entrar en el «Lancia»!

Valerio empujó la portezuela, intentó escapar.

Dos balazos destrozaron el parabrisas. Los fragmentos de cristal desgarraron su frente.

Tuvo que aplastarse sobre el asiento, temeroso de que una de las balas que el calvo disparaba le volase la cabeza.

El rumor de una carrera se escuchó próximo.

Valerio alargó la mano y tomó la gran llave inglesa que siempre guardaba bajo el asiento.

No podía hacer otra cosa.

Podía considerarse atrapado, pero al primer hombre que asomara la cabeza por la ventanilla...

—Vamos, sal de ahí, *canaglia* —ordenó la voz ronca.

Como tardase unos segundos en decidirse, una ráfaga corta penetró por el hueco de la ventanilla y las balas se incrustaron sordamente sobre el respaldo del asiento.

Sudaba abundantemente cuando empujó despacio la portezuela y avanzó con las manos en alto.

—Creíste que ibas a escapar, ¿eh? —Gruñó el calvo—. ¡Acércate! Tú, Dino, cachéale.

El hombre que le apuntaba con la temible «Lupara»[3], entregó el arma al calvo, y se aproximó a Razzoni.

Valerio sintió sus manos sobre su cuerpo y la ira se desató en su pecho.

La llave inglesa estaba bajo su pantalón, sujeta por la presión que hacía el vientre sobre el cinturón.

Cuando el tipo llamado Dino se agachó para palparle las piernas, Valerio bajó una mano, sacó velozmente la pesada herramienta y la dejó caer sobre el cráneo del hombre que se incorporaba ya.

Le sostuvo con sus brazos, intentó escudarse con su cuerpo. Pero el hombre pesaba demasiado y se le fue de las manos.

Entonces el calvo alzó la «Lupara» y apuntó al vientre de Razzoni.

—¡*Porco...*! —Gruñó, rechinando los dientes—. Voy a abrirte un boquete tal que tu vientre se vaciará en un segundo.

Valerio cerró los ojos.

Entonces las tinieblas se hicieron en su cerebro.

El calvo murmuró una maldición:

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó a su compañero, que acababa de golpear a Razzoni en la cabeza.

—Creo que te habías vuelto loco, Giorgio. Cuando el muchacho golpeó a Dino, comprendí que ibas a matarle, olvidando que no son ésas nuestras instrucciones. Nos ordenaron que lo llevásemos vivo, Giorgio.

La Troppa estrechó sus párpados sin pestañas, con lo que su expresión se tornó más desagradable aún.

—Eres muy cumplidor, Aldo —murmuró, rencoroso—. Ojalá no te pases nunca. Vamos, ¿qué esperas? Lleva al «valiente» al coche y vuelve por tu compañero.

El cuerpo de Valerio Razzoni fue arrastrado sin delicadeza hasta el otro coche.

Dino se alzó del suelo cuando Aldo fue a cargárselo sobre un hombro. Y cuando subieron al coche, lo primero que hizo fue dirigir una patada al cuerpo exánime de Razzoni.

—*Porco traditore...* —gruñó.

Giorgio dio al contacto y, al retroceder, golpeó las planchas del «Lancia» con el paragolpes del «Ford-Lincoln» que conducía.

Aceleró rabiosamente, y condujo calle abajo. Al alcanzar la carretera, tuvo que frenar con brusquedad para evitar la colisión con otro automóvil, aparcado a la vuelta de la esquina.

Un caballero descendió de aquel coche, y se dirigió a Giorgio.

## CAPÍTULO VII

Tenía la facilidad de movimientos, la prestancia y si aspecto de un verdadero aristócrata.

—Me pareció sospechosa la actitud de aquellos individuos, señor Dossi. Y decidí esperar, junto a la carretera. En cuanto advirtieron que mi coche les cortaba el paso, arrojaron su cuerpo por una de las portezuelas, dieron marcha atrás y salieron disparados. Confieso que, cuando me incliné sobre usted, temí que estuviera muerto. No se movía, y tenía los cabellos manchados de sangre...

Valerio adelantó una mano, y probó un sorbo de la copa de exquisito vino añejo que su anfitrión acababa de servirle.

—Fue usted muy valiente, excelencia —dijo, con una débil sonrisa—. Aquellos tipos pudieron disparar contra usted. Iban armados.

—¿Sí? —El aristócrata enarcaba una ceja, sorprendido—. Nunca lo hubiera imaginado. Pero por favor, señor Dossi, no me llame «excelencia». Mis títulos están empolvados. Por otra parte, adoro la sencillez. Soy un hombre rico, pero solitario, y la pequeña aventura de anoche ha servido para alejar un tanto la monotonía que siempre rodea esta villa.

Desde la acogedora sala en la que se encontraban, se divisaba el mar. La villa del príncipe Alberto Baldani parecía un remanso de paz, de comodidad y de placer.

—Estuve a punto de llamar a la policía —observó Baldani, dejando la copa sobre la mesa de mármol—. Pero como usted recobró el conocimiento poco después de que llegara el doctor Neromonte, decidí esperar a consultarlo con usted. No quería anticiparme a sus deseos, ¿comprende?

—Le agradezco esa discreción, excel... es decir, señor Baldani. En realidad, prefiero olvidar el incidente —respondió Razzoni, tras leve indecisión.

—A su gusto —dijo el príncipe. Pero Valerio pudo adivinar que a Baldani le hubiera gustado saber algo más acerca del incidente.

«Creo que tiene cierto derecho a sentir curiosidad», pensó el joven, considerando que, sin la oportuna intervención de Baldani, era muy posible que, a aquellas horas, su cadáver flotase a quince o veinte millas de la costa.

Ya se disponía a hablar, cuando la desconfianza selló sus labios.

En verdad, no tenía ningún derecho a desconfiar del aristócrata. Pero sabía que se encontraba rodeado de peligros, y comprendía que el silencio era su mejor garantía de seguir con vida.

—Creo... creo que he abusado mucho de su hospitalidad, señor Baldani —dijo. E intentó levantarse.

Pero las piernas se le doblaron, y unas violentas punzadas en el cráneo le hicieron vacilar.

Baldani se apresuró a sostenerle y a devolverle a su sillón.

—¿Lo ve? No está todavía en condiciones de valerse por sí mismo —dijo suavemente su anfitrión—. Neromonte es un buen médico. Dijo que era una suerte que no le hubieran facturado el cráneo. El golpe debió ser muy fuerte.

—Pero...

—No insista, por favor, amigo Dossi. Me siento satisfecho de tenerlo como huésped. Unos días de descanso bastarán para que se recupere. No diga nada. Descanse. ¿Sabe una cosa? Soy un egoísta: me agrada charlar con Un joven como usted. A pesar de su... atuendo, parece un hombre culto, instruido... Verá, yo siempre estoy solo. Tengo cincuenta y cinco años. Perdí a mi esposa y a mi única hija... durante la guerra. Comprendí que ninguna mujer podría llenar el vacío que ellas me dejaron. Aquí sólo vivo yo, con Giovanni, mi único sirviente. Me aburro. Usted me servirá de compañía. No voy a preguntarle nada, señor Dossi...

—Por favor, llámeme Valerio. Es más sencillo...

—De acuerdo. Pues bien, Valerio —a pesar de que Baldani iniciaba la cuesta hacia la vejez, su voz era firme y agradable—, le decía que no voy a preguntarle nada sobre lo ocurrido anoche. Soy curioso, pero sé reprimirme.

—Espere. Yo...

—No diga nada, si no quiere. Yo saldré al jardín a dar un paseo. Si necesita algo, sólo tiene que tocar el timbre. Giovanni está

advertido. El le atenderá muy bien. Es el mejor mayordomo que he tenido.

Baldani salió de la estancia, y Valerio se recostó cómodamente en el sillón.

«Un buen golpe —pensó—. Pero peor hubiera sido el disparo de la “Lupara”...»

Se preguntó por qué no había disparado aquel hombretón de brillante calva, que debía ser Giorgio La Troppa, el hombre que había mencionado Rossana.

La intervención de Baldani, por lo demás, había resultado providencial.

Sintió de repente unos irrefrenables deseos de fumar. Registró los bolsillos del pijama de seda que vestía, pero no encontró un solo cigarrillo.

Entonces recordó las palabras del príncipe Baldani: «sólo tiene que tocar el timbre. Giovanni le atenderá».

Alargó la mano hacia el muro y pulsó el timbre.

El hombre que penetró en la sala apenas diez segundos después, era un individuo alto y delgado, de mejillas sonrosadas, voz afeminada y sonrisa amable.

—¿Señor...?

—No sé dónde estarán mis cigarrillos, Giovanni, pero tengo ganas de fumar. ¿Puede traerme una cajetilla? —pidió.

—Desde luego, señor. Se los traeré en seguida. ¿Rubios? Bien, el príncipe fuma cigarrillos ingleses, pero también tiene siempre tabaco americano, para sus amigos. ¿Alguna otra cosa, señor? —dijo de carretilla.

—No, gracias. O, mejor dicho, sí... ¿Conoce al médico que me atendió?

—¿El doctor Neromonte? Claro que sí, señor. El doctor afirmó que sufría usted un fuerte *shock*, a pesar de que el golpe pudo matarle. Recetó algunos comprimidos y unas inyecciones, señor. Yo mismo se las pondré: soy un buen practicante. Por eso me contrató el príncipe Baldani. Sufre a menudo fuertes dolores de reuma y debe observar un tratamiento a base de inyectables —respondió el mayordomo con increíble locuacidad.

—Está bien, gracias. Eso es todo —dijo Razzoni.

Cuando Giovanni regresó con una cajetilla de «Players», Valerio

encendió uno con ansia y aspiró profundamente el humo.

El calor debió adormecerle, porque cuando abrió los ojos, las manecillas del reloj de Valerio señalaban las cuatro de la tarde.

Dejó pasar unos minutos, asombrado de haber dormido cinco horas seguidas, y luego pulsó el timbre.

Giovanni le sirvió un almuerzo allí mismo, regado con excelente vino de la bodega del príncipe.

Mientras devoraba el almuerzo, Valerio se sintió intrigado.

¿Y Baldani?

Giovanni acudió a su llamada y dijo:

—No quiso despertarle. Prefirió dejarle descansar y almorzar solo. Hacia las cuatro me advirtió que estuviera pendiente de usted y dijo que se acercaría a San Remo. El príncipe es un hombre muy devoto. Pertenece a casi todas las cofradías y hermandades religiosas de la provincia, ¿sabe? Posee muchos valores en la industria, tiene una bella propiedad campestre en Santa Fiora il Monte y una fortuna incalculable, aunque hay personas que aseguran que hace quince años, estuvo a punto de arruinarse. ¡Majaderías! La gente tiene siempre ganas de hablar y hablar, señor. El caso es que el príncipe realiza a menudo grandes obras de caridad. El mes pasado donó ¡diez millones de liras!, al patronato de huérfanos de policía. En la ciudad le adoran, créame...

—¿Tardará en venir? —preguntó.

—¿El príncipe? Oh, no. Siempre suele estar aquí antes de las nueve de la noche. Seguramente querrá que cenén juntos. Ahora, señor, creo que debiera acostarse. El doctor recomendó que descansase el mayor tiempo posible.

—Pero... ¡he dormido durante más de cinco horas! —protestó Valerio.

—¿Ve? Eso indica su estado de crítica debilidad. Vamos, apóyese en mí; le llevaré. Además, tengo que ponerle la inyección que recomendó el doctor. Vamos, vamos, apóyese sin temor. Soy fuerte, a pesar de mi delgadez.

Razzoni tuvo que dejarse llevar hasta la alcoba donde había pasado la noche anterior, una enorme habitación de altísimo techo, forrada en finísima tapicería y completada con carísimos muebles de caoba de estilo isabelino.

Para Razzoni, la hospitalidad de Baldani resultaba mil veces

placentera y agradable.

Servido en cualquier deseo, atendido maravillosamente, tratado afectuosamente, a cuerpo de rey...

Sólo que estaba el cadáver de Sergio, frío y pálido, con un balazo en la nuca, otro en el pecho y otro en el vientre.

Sergio, que había sido arrojado al mar como carnaza para los peces.

«Debía estar en posesión de algún secreto peligroso», pensó, moviendo sus manos para gozar de la fina suavidad de las sábanas.

Era la primera vez que se le ocurría aquella idea.

Pero sí, ¿por qué no? ¿Qué otra razón podía haber para asesinarlo?

Giovanni penetró en la alcoba, le obligó a volverse boca abajo y le inyectó.

Razzoni experimentó inmediatamente una agradabilísima languidez.

«Rossana —pensó, antes de quedarse dormido—. ¿Qué pensará de mí, qué cosas habrá imaginado...?».

El sol penetraba a raudales por las rendijas de la persiana, cuando despertó.

Quiso incorporarse y no pudo.

¿Qué le ocurría?

Una debilidad enorme le embargaba. Una debilidad física absoluta.

Al mover la cabeza, un mareo intenso le asaltó.

Optó por permanecer inmóvil, con los ojos cerrados, respirando entrecortadamente.

Experimentaba, además, un terrible malestar de estómago y el sabor de su boca era acre, desagradable.

Abrió los ojos y giró lentamente la cabeza hacia la derecha. Junto a la mesilla de noche colgaba el cordón de un timbre de aviso.

Por desgracia, cuando intentó moverse para accionarlo, volvió el terrible mareo.

Debió gritar de dolor, porque minutos después sonó el leve rumor de la puerta al ser abierta.

El rostro sonrosado de Giovanni apareció en su campo de visión.

Valerio quiso hablar y notó que su lengua se volvía torpe y

lenta, como si estuviese hinchada y seca.

—Me... me siento muy... mal. Llame... llame al señor Baldani —pudo balbucir.

Giovanni se alejó rápidamente. Un momento después, el príncipe se acercaba a la cama.

Oprimió levemente su frente y le miró, con interés.

—¿Qué le ocurre, amigo mío? —Parece haber empeorado— dijo con afecto.

—Llame al médico..., por... favor —logró articular con tanta torpeza, que la fatiga le impidió seguir hablando.

—Descanse. Le llamaré ahora mismo.

Media hora después, un hombre de frente abombada, nariz aquilina y vientre abultado penetró en la alcoba, seguido de Baldani.

—A ver... Bien, parece que ha habido una leve recaída, ¿eh? —pronunció gangosamente, mientras le auscultaba.

Giró la cabeza y miró a Giovanni, que aguardaba respetuosamente junto a la puerta, y preguntó:

—¿Le puso la inyección que prescribí?

—Desde luego, doctor —asintió el mayordomo.

Baldani parecía sinceramente preocupado.

—¿Cree que es grave, doctor? ¿Será necesario trasladarle a una clínica? —inquirió, mientras Neromonte palpaba el cráneo del joven a través del vendaje que rodeaba su frente.

—Oh, no; de ninguna manera. Los movimientos del viaje podrían dañarle gravemente. Verá, excelencia: en realidad, no es nada grave, sino una simple agudización del *shock*. Bastará con que descanse en absoluta inmovilidad y se le administre la prescripción que extenderé ahora mismo —respondió el médico, con gran seguridad.

Valerio hubiera deseado preguntar, hablar, explicar su estado de supremo agotamiento físico y mental.

Pero cuando fue capaz de articular unas palabras, el médico y Baldani habían abandonado ya la alcoba.

Giovanni volvió a inyectarle media hora después.

Al cabo de unos minutos, una gran laxitud que dejaba vacío su cerebro, le embargó.

## CAPÍTULO VIII

Abrió los ojos pesadamente y creyó que tenía que enfrentarse con la noche eterna.

¿Y su cuerpo?

No lo sentía, no podía sentirlo.

Por debajo de la puerta se filtraba una rayita de luz amarilla.

Se oían voces.

Una voz violenta, enérgica, que le sonaba familiar. Y otra voz, sumisa, desconocida, que repetía constantemente:

—Sí, señor. Sí así se hará. Como usted ordene, señor...

Valerio pensó que debía escuchar aquellas voces. Escuchar e interpretar su significado.

No sabía por qué, pero intuía que interpretar aquellas palabras dictadas autoritariamente, era algo vital para él.

¿Qué le ocurría, qué cosa espantosa estaba ocurriéndole?

De pronto, descubrió con una alegría inmensa que podía pensar.

Sí, podía hacerlo. Con una gran voluntad, desde luego.

En cuanto le abandonaba la voluntad y se dejaba ganar por aquel alucinante deseo de descansar, de abandonarse a todo, los pensamientos parecían diluirse como un trozo de plástico sobre las brasas. Entonces las ideas perdían conexión y todo parecía absurdo.

Respirar, ¡tenía que respirar profunda y lentamente! El oxígeno era absolutamente necesario.

Se concentró. La respiración era sibilante, pero el oxígeno penetraba en sus pulmones.

Comprendía que se encontraba muy mal..., peor que la última vez.

¿Cuándo?

No podía decir si había visto a Neromonte en sueños o era cierto que el médico había acudido a visitarle.

Pero la ansiedad, el malestar de estómago y las continuas

punzadas de su cerebro, iban de mal en peor; de aquello estaba seguro.

Si sus ideas hubieran sido más firmes, Valerio Razzoni hubiera pensado que estaban... dragándole.

Una oleada de sudor le inundó, al compás de sus pensamientos.

¿Por qué iban a dragarle?

¿Quién, quiénes?

No podía ser Baldani, el aristócrata, el hombre afable y correcto, que tanto se había interesado por él.

¿Era Giovanni?

Fuera de la alcoba, alguien continuaba hablando en voz alta, firme:

—... Tardar en encontrarlo. Fachetti lo afirmó, sin lugar a dudas: el muchacho había estado espionando durante todo el tiempo. Luigi le sorprendió muchas veces tomando notas en un cuaderno. Cuando registrasteis su habitación, encontrasteis una buena cámara fotográfica, una cámara para película en microfilme. Martini dice que sorprendió al chico varias veces cerca de su casa. ¿Es necesario ser muy inteligente para comprender que logró fotografiar anotaciones, cuentas, relaciones, nombres de personas, de envíos, de...?

¿Qué... diablos significaba aquel galimatías?

¡Martini! Aquella era una palabra conocida. Martini, Domenico Martini.

Si consiguiese abandonar el lecho, caminar hacia la puerta..., ver a las personas que mantenían aquella conversación en la villa del príncipe Baldani.

De repente, Valerio comprendió que la voz que acababa de escuchar era la del propio Baldani.

El descubrimiento le dejó sin fuerzas.

Naturalmente, no había reconocido la voz porque la irritación de Baldani desfiguraba su timbre ordinario.

A Valerio, Baldani le había hablado siempre con suavidad, con un exquisito y mesurado tono.

Pero era la misma voz.

Movió una pierna. Si pudiera acercarse a la puerta...

La tentación fue más fuerte que cualquier otra consideración.

Poco a poco, consiguió apartar el embozo, sacar el tronco,

afianzarse con todas sus precarias fuerzas al colchón.

De repente, Razzoni se precipitó al suelo y quedó desvanecido.

Alguien penetró inmediatamente en la alcoba, pronunció una exclamación y tomándole en brazos le dejó nuevamente sobre el lecho.

Valerio no había perdido el conocimiento, pero el golpe le había atontado y excitado el insoportable dolor de cabeza.

La persona que le había alzado del suelo, salió de la habitación.

Un momento después, alguien encendía la araña que colgaba del techo.

—¿Puede oírme, señor? —Era la voz de Giovanni.

Abrió los ojos y le miró, desencajado.

—Giovanni...

—¿Se resbaló? —El mayordomo estaba abriendo un frasco lleno de píldoras azuladas—. A ver... No parece que se haya hecho daño. Ahora, tenga. Tómese estas dos píldoras. Mañana estará como nuevo.

Sus dedos introdujeron las píldoras en la boca de Razzoni. Luego aproximó un vaso de agua a sus labios y le obligó a beber.

La luz se apagó. Valerio sudaba entre las sábanas.

No había tragado las píldoras: las había mantenido bajo la lengua, poniendo en ello la escasa concentración de sus sentidos de que disponía.

Las píldoras tenían un sabor extraño. Nada semejante al de las vitaminas, desde luego.

Afuera las voces habían callado.

Valerio movió lentamente su mano y extrajo las píldoras de su boca.

¿Dónde guardarlas? No tenía fuerzas para arrojarlas lejos, ni tampoco para buscar un escondite seguro.

Muy despacio, irguió la cabeza y mordió la almohada. Le costó un gran esfuerzo practicar aquel pequeño agujero en la tela, pero lo consiguió.

Muy despacio, como si fuera el trabajo más importante, introdujo las dos píldoras en el agujero y dio vuelta a la almohada.

Cuando terminó aquellos movimientos, su cuerpo estaba empapado en sudor.

Los párpados se le cerraron, pero intentó abrirlos con un gran

esfuerzo de voluntad.

Sin embargo, poco después dormía profundamente.

Cuando abrió los ojos, era muy de mañana. La habitación estaba inundada de sol y la ventana permanecía entreabierta.

De repente, vio a las dos, personas que estaban observándole a la derecha del lecho.

Eran el doctor Neromonte y el príncipe Alberto Baldani.

—¿Cómo está, doctor? —preguntó Baldani con voz reposada.

—Ah, buenos días, señor Dossi —dijo gangosamente el médico, advirtiéndole que Valerio había abierto los ojos—. Se encuentra mejor, ¿no es cierto?

Valerio movió los labios para hablar, pero ningún sonido salió de su garganta.

El médico y Baldani le vieron hacer tremendos esfuerzos por incorporarse y caer luego, desfallecido.

Entonces, Neromonte hizo una seña al aristócrata y ambos abandonaron la alcoba.

Valerio oyó perfectamente el ruido de la puerta.

Había logrado fingir con suficiente realismo. Ellos creían que se encontraba desvanecido.

Se alzó despacio, apartó el embozo y echó las piernas fuera con gran dificultad.

Asido a la cama, avanzó dos pasos. ¡Perfecto, podía conservar el equilibrio!

Avanzó muy despacio hacia la puerta, temeroso de que sus rodillas se doblaran de un momento a otro.

Y alcanzó la puerta. Neromonte y el príncipe. Baldani charlaban sin alzar la voz al otro lado. Pero sus palabras fueron claramente audibles para Valerio cuando acercó el oído a la madera finamente tallada.

—... Tener infinito cuidado, excelencia —era Neromonte el que hablaba—. Recuerde que se trata de mantenerlo inerte mientras sus hombres encuentran los microfilmes y las notas de Sergio Razzoni. Giovanni equivocó la dosis, es evidente, y ese hombre, Valerio Razzoni, ha estado a punto de morir. Como comprenderá, excelencia, yo no hubiera llorado por él: me limito a seguir, paso a paso, sus instrucciones.

—*Maledetto stupido, questo Giovanni* —bramó Baldani—. Se lo

advertiré, doctor. Yo mismo me encargaré de vigilarle. *Prego*, al salir, dígle a Martini que pase. Estoy aguardándole.

—Sí, excelencia. Volveré al atardecer.

Valerio escuchaba, pasmado de asombro.

Le temblaban las piernas, pero aguardó en pie, recostado sobre la puerta.

Se oyó un taconeo pesado, un carraspeo, y luego la voz de Domenico Martini, perfectamente clara.

—*Niente*, excelencia. No hemos conseguido nada. Mis hombres han averiguado que Valerio Razzoni impuso un pequeño envío en la oficina de correos, pero eso es todo.

Cuando contestó, había un temblor de ira en la voz de Baldani.

—*¡Inutili, sciocci...!* —gritó—. Una perfecta organización de más de sesenta hombres con la única misión de encontrar un pequeño envoltorio y... todo inútil. Y fuiste tú, Martini, el único culpable de todo. Tú decidiste ejecutar al muchacho... sin advertir que Sergio Razzoni había estado metiendo sus narices en todo lo nuestro. Ni siquiera tuviste talento para hacer desaparecer su cuerpo. ¿De qué me sirve tener a Valerio Razzoni? El es periodista y sabrá utilizar el material, si es cierto que su hermano se lo envió, sea como fuere...

Martini aguardaba, en silencio, incapaz de pronunciar una palabra.

—Dime —exigió el príncipe—. ¿Es cierto que habéis registrado bien su habitación de la *Pensione Mare Nostrum*? Mis órdenes eran claras: había que seguir todos los pasos de Sergio, interrogar a sus amigos, a los propietarios de los bares, de los clubs...

—Así se ha hecho, excelencia. Desgraciadamente...

—¡Vete, Martini, *figlio di carne*! Envía hombres a Roma, apodérate de las oficinas de *Cittadino*. Haz lo que sea, pero consígueme esos documentos. Caso contrario... *Bene*, tú sabes cuál es la regla.

—Sí, sí... excelencia. Haré lo necesario. Hemos encontrado al fotógrafo que reveló las películas de Sergio. Confesó que el muchacho le había obligado incluso a entregarle los negativos y las pruebas. A pesar de todo, su laboratorio se ha convertido en pavesas. Pensé que era una excelente forma de asegurarnos de que nada peligroso quedaría allí.

—Domenico, Domenico —murmuró Baldani, atragantándose—. Has puesto en peligro mi seguridad y la de todos los «socios». Tienes que enderezar el entuerto. Si no lo haces... Vete, ahora.

El rápido taconeó era indicio de que Martini acababa de salir de la estancia.

Comprendiéndolo así, Valerio reunió sus escasas fuerzas y se separó de la puerta.

Apenas fue capaz de alcanzar el lecho. Lo único que pudo hacer fue dejarse caer sobre la cama y permanecer inmóvil, boca abajo, respirando con dificultad.

Un momento después, rodaba despacio sobre sí mismo y conseguía meterse entre las sábanas.

Lo hizo muy a tiempo, porque unos segundos después se abría la puerta y alguien penetraba en la alcoba.

Una mano le agarró por un hombro y le zarandeó.

—¡Despierte, señor, despierte!

Era Giovanni, con sus mejillas sonrosadas y sus ademanes afeminados.

—Ah, es un día muy bello, señor. ¿Qué tal nos encontramos hoy? —preguntó, al tiempo que dejaba sobre la mesilla una bandejita con los útiles necesarios para poner una inyección.

Valerio tardó en abrir los ojos.

Pensaba a toda prisa, atemorizado.

Giovanni iba a inyectarle nuevamente. Y la inyección le dejaría sin fuerzas, débil como un niño.

No podía consentirlo.

Pero ¿cómo evitarlo? Giovanni era fuerte, a pesar de su delgadez. No podría luchar contra él.

—A ver, así, dese la vuelta —estaba diciendo el mayordomo.

Le había colocado boca abajo, para pincharle en el glúteo.

Valerio esperó, atento.

Y cuando comprendió que bajaba la aguja, puso los músculos en tensión.

La aguja rebotó sobre la piel y se escapó de entre los dedos de Giovanni, que pronunció una maldición enteramente femenina.

Razzoni sintió que Giovanni palpaba la colcha y su corazón se llenó de gozo.

«La ha perdido —pensó—. Ha perdido la aguja».

Abrió los ojos y la vio. La aguja estaba entre los pliegues de la colcha, a escasos centímetros de su cabeza.

Aproximó la boca y la apresó entre sus labios.

Al fin, Giovanni se dio por vencido.

Miró con mala intención a Razzoni y murmuró:

—Habrà que avisar al doctor. O comprar un nuevo equipo hipodérmico en la farmacia más próxima...

—Tengo... tengo hambre —exclamó Valerio, suplicante—. ¡Por favor, un poco de comida...!

Giovanni salió como una furia de la alcoba y cerró de golpe la puerta.

Valerio se incorporó entonces.

Sobre la mesilla estaba la bandeja con un frasco de alcohol, un vaso de agua, algodón, la jeringuilla hipodérmica cargada de un líquido incoloro.

Cogió el vaso, probó su contenido para asegurarse de que era agua, vertió el contenido de la jeringuilla bajo la almohada y rellenó la jeringuilla con agua.

La aguja que mantenía en la boca le pinchó levemente. La tomó entre sus dedos y la dejó caer sobre la alfombra.

Inmediatamente, tuvo que dejarse caer sobre el lecho y descansar: aquellos sencillos movimientos le habían dejado sin fuerzas.

Pero se sentía satisfecho.

El malestar casi había desaparecido y comenzaba a recuperar lentamente sus fuerzas.

Ahora sabía muchas cosas. Cosas horribles que una mente sana se resistiría a creer, pero que eran absolutamente ciertas.

El príncipe Alberto Baldani, era un miembro importante de la Societá. Y también Martini, el asesino de su hermano.

¿Cuál era el secreto de Sergio?

Baldani lo había esbozado: el muchacho había pertenecido a la organización, aunque fuese uno de sus más ínfimos miembros.

Curándose en salud, Sergio había demostrado ser inteligente y precavido. Había anotado datos, fotografiado... ¿qué? Secretos importantes, datos capaces de inquietar a un hombre como Baldani.

Nada de casualidades: Baldani había llevado a Valerio Razzoni a su villa para mantenerlo bajo vigilancia. Temía que el joven

periodista estuviera en posesión de los documentos que Sergio había ido acumulando día a día.

«Debo fugarme, tengo que hacerlo», pensó.

Pero no ahora, todavía.

No tendría fuerzas ni para saltar al jardín, a través de la ventana.

Sentía el estómago vacío. Probablemente llevaba dos o tres días sin ingerir alimentos. O si acaso, lo indispensable para continuar viviendo.

Sentía miedo, sí. Un miedo animal, instintivo. Pero estaba dispuesto a resistir.

Necesitaba algún tiempo, unas horas. Lo suficiente para que su organismo se recobrara y acumulara fuerzas para la huida.

Giovanni volvió media hora después.

Sus mejillas sonrosadas se habían tomado pálidas.

Probablemente, Baldani le había insultado por su torpeza, imaginó Valerio.

—Tengo hambre —dijo tartamudeando—. Quiero comer.

Giovanni le bajó los pantalones con desacostumbrada brusquedad y le inyectó el líquido contenido en la jeringuilla: agua.

Un suspiro de satisfacción salió de sus labios al depositar la jeringuilla sobre la bandeja.

—Está bien. Le traeré un vaso de caldo de ave. No puede ingerir alimentos sólidos, el doctor Neromonte lo advirtió —dijo.

Salió de la alcoba para volver minutos después con un gran tazón de caldo, que Valerio bebió con avidez, sostenido por el mayordomo.

Cerró los ojos y fingió dormir... hasta que Giovanni salió de la estancia.

Se sentía mejor, mucho mejor.

Pero no podía dejarse dormir. Quería estar seguro de que no iban a inyectarle o hacerle tragar aquellas píldoras durante el sueño.

Sus ideas cada vez iban siendo más claras. Podía pensar con fluidez, elaborar ideas.

Sabía una cosa con certeza: si permanecía vivo, se debía únicamente a una circunstancia: Baldani creía que él se encontraba en posesión de los documentos recogidos por Sergio.

Que los hombres de la organización no habían encontrado lo que buscaban, acababa de oírlo Valerio una hora antes: el propio Baldani lo había afirmado así.

¿Dónde había depositado Sergio las notas y los microfilmes?

En algún lugar muy seguro, puesto que sesenta hombres sin escrúpulos y poseedores de abundantes recursos, no habían podido encontrarlos.

—Debo averiguarlo —se dijo—. Sería la única forma de poder considerarme a salvo.

Era la mejor idea. Razzoni sabía muy bien que ningún hombre que ha sido «marcado» por la Societá es capaz de escapar a sus tentáculos.

Pero si conseguía la documentación de Sergio y la ponía a salvo, en lugar inalcanzable, Valerio tendría la garantía de seguir con vida.

Tenía que escapar. Cuanto antes mejor.

Aquella misma tarde. En cuanto comenzara a anochecer.

## CAPÍTULO IX

Rossana escuchó el petardeo de la motocicleta al atravesar el bosquecillo de eucaliptos.

Abandonó la caseta y corrió hacia Leone Danova, que acababa de detener la máquina derrapando espectacularmente sobre la arena.

—¿Qué? —preguntó la joven, sin conseguir disimular su ansiedad.

El muchacho se despojó del casco y agitó la cabeza para soltar sus largos y húmedos cabellos.

—Nada. He preguntado en las hospederías, en las tabernas y en los hoteles. No hay ningún Valerio Dossi alojado en ningún sitio. ¿Qué quieres? Me he cansado de repetir su descripción, incluso de repartir propinas... Todo inútil.

Rossana dejó escapar un sollozo.

Lo temía. En lo más profundo de su corazón estaba aquel pensamiento inquietante: a Valerio lo habían matado.

Igual que mataron a Sergio.

Y ella, Rossana, había mantenido los labios apretados, se había negado a decirle cuánto sabía.

—Vamos, vamos, no seas tonta —intentó tranquilizarla Leone—. Probablemente, ese muchacho se cansó de estar aquí y se marchó. No he visto su viejo «Lancia» por ninguna parte...

—¡El coche! —murmuró ella, de repente—. Debí tenerlo en cuenta. Es un modelo antiguo, pasado de moda. No debe haber muchos como el suyo rodando por las carreteras. ¡Es eso lo que debemos hacer! ¡Buscarlo!

Leone Danova arrugó el ceño.

—¿Por qué tanto interés por ese desconocido? —Gruñó, malhumorado—. Yo te he estado cortejando durante meses enteros. Y no conseguí nada. Llega el apuesto Valerio Dossi, y te enamoras

de él. ¡No, no lo niegues! Incluso has dejado de fumar. Ya no te gusta la «hierba».

Rossana le miró con expresión lejana.

—Nunca me gustó, Leone. Pero iba bien con mi inconformismo, con mi repulsa a la sociedad que odio. Pero él, Valerio, era un hombre bueno. Me dijo que la marihuana no era mala en sí, pero que lleva poco a poco al vicio, a la degradación. Afirmó que el consumo continuo de marihuana nos empuja a intentar la aventura de otras drogas más peligrosas...

—Maravilloso —murmuró Leone, con disgusto—. Está bien, ¿qué quieres que haga?

—Reúne a los chicos. Diles que me interesa encontrar el viejo «Lancia» negro de Valerio. Aún recuerdo la matrícula. Es Roma-1134.

Anótalo... Y ¡por favor, Leone, pon todo tu interés en encontrarlo!

El muchacho se humedeció los labios.

—Está bien. Lo haré. Aunque sea una estupidez recobrar para ti al hombre que me ha ganado la partida —murmuró, tristemente.

La moto rugió, un momento después.

Rossana estuvo mirándole, hasta que se perdió de vista.

La brisa que penetraba por la ventana agitaba los tenues visillos. Era de noche.

Valerio Razzoni se había puesto en pie varias veces, para probar su resistencia.

Al principio, la cabeza le dio vueltas, y estuvo a punto de caer. Pero poco a poco, consiguió conservar el equilibrio y dominar el temblor de sus rodillas.

Había escuchado, durante todo el día, las idas y venidas de Giovanni, del príncipe y de otras personas.

En la casa parecía respirarse un clima de urgencia, de desesperada ansiedad.

—Es el momento —decidió.

Sacó las piernas, y se dejó resbalar del alto lecho, hasta que sus pies tocaron el suelo.

La velada claridad que penetraba por la ventana iluminaba la estancia. Avanzó despacio, con gran precaución, hasta apoyarse en la valiosa cómoda tallada, adosada junto a la ventana.

Aprestó el oído. Nada. Silencio.

Al separarse de la cómoda, sus manos estuvieron a punto de tirar al suelo una bella talla en mármol, que representaba a la diosa Diana.

La dejó en pie, con un suspiro.

En aquel momento, sonaron nítidamente unos pasos en la gran sala próxima. Y alguien encendió la luz, pues por debajo de la puerta se filtró una rayita luminosa.

Los pasos se acercaban a la alcoba, era evidente.

¿Qué hacer?

La frente de Valerio se cubrió de heladas gotitas de sudor.

No lo pensó. Lo tenía a la mano: la estatuilla de Diana.

Se arrastró hasta la puerta, esperó detrás de ella, tenso, con el ánimo en vilo.

Giovanni alargó una mano hacia el interruptor de la luz, y su cabeza quedó perfectamente iluminada.

Un chillido agudísimo salió de su garganta cuando Diana cayó pesadamente sobre su cráneo.

A Valerio, la estatuilla se le fue entre los dedos, al mismo tiempo que el mayordomo se desplomaba.

Entonces pensó en la puerta del jardín, y comprendió que salir por allí serviría dos veces: para ganar tiempo, pues las personas que acudieran se dirigirían inmediatamente a su alcoba; y para evitarse el esfuerzo de saltar por encima de la ventana.

Corrió como un borracho hacia la cristalera, la abrió y salió, cerrando a sus espaldas, cuando ya alguien acudía a la carrera.

En la oscuridad, tropezó y cayó.

El instinto de conservación, el ansia por seguir alentando, fue lo único que le ayudó a levantarse, y a seguir corriendo.

De pronto, se encontró ante una tapia. Un obstáculo insalvable, puesto que no se sentía con fuerzas para escalarla.

Desesperado, corrió junto a los setos hasta encontrar la cancela de hierro. Descorrió el cerrojo, tiró de la puerta y salió.

El caminito, en aguda pendiente, le llevó hasta la carretera.

Su corazón latía, desbocado, y sus pulmones no podían aspirar todo el oxígeno que necesitaba.

Se detuvo, apoyado sobre el muro de piedra de una casucha, y miró hacia lo alto.

Podía ver perfectamente la silueta oscura de la villa de Baldani. Y también, los faros del coche que acababa de ponerse en marcha, allá arriba.

De un empujón, se separó del muro y corrió carretera adelante, junto a la playa.

El zumbido de un motor resonó, próximo, y un cono luminoso agigantó su silueta sobre el asfalto.

¡Le estaban dando alcance...!

El terror le obligó a tropezar y a caer.

El batacazo le dejó sin respiración, Rodaba sobre el firme de la carretera, cuando se oyó un frenazo cercano, seguido de una rotunda expresión:

—¡Pedazo de botarate! ¿Es que le ha perdido el gusto a la vida, estúpido de los diablos?

Unos brazos le agarraron por los hombros, y le arrastraron hasta la cuneta.

Aunque dolorido y extenuado, Valerio abrió los ojos, y vio el perfil de la motocicleta, estacionada al margen de la carretera.

El hombre le dejó en el suelo, ante el haz luminoso del faro de la moto.

—¡Valerio! —gritó, asombrado—. *¡Sei tu!*

—Sí, soy yo —murmuró Razzoni—. ¿Quién eres? No puedo ver tu rostro...

—Leone. Te estábamos buscando.

—No pierdas el tiempo, Leone. Me persiguen. Nos matarán a los dos, si nos alcanzan.

—*Banditi da merda* —rugió Leone, enfurecido—. Vamos, ponte en pie. Te llevaré hasta la moto. Así. Y agárrate bien a mí. Esos cerdos nos van a coger por...

Arrancó bruscamente y aceleró.

La máquina era potente, y se lanzó con facilidad.

Valerio, que miraba continuamente hacia atrás, vio en seguida los faros del coche. Muy separados entre sí, lo que indicaba que se trataba de un automóvil grande y potente.

Como el «BMW» del príncipe Baldani.

—Vienen detrás de nosotros, Leone. ¡Date prisa! —gritó fuerte, para hacerse oír por encima del zumbido horribles del escape.

Por el contrario, Leone frenó bruscamente, y abandonó la

carretera, descendió una brusca pendiente y cruzó como un relámpago entre los automóviles estacionados ante un cine de verano, próximo a la playa.

Detrás de ellos, el «BMW» de Baldani descendió por la cuesta y tuvo que frenar aparatosamente ante la fachada del cine. Los neumáticos derraparon sobre la arena.

El portero del cine vio venir el coche, y saltó a un lado, chillando de espanto.

El paragolpes del «BMW» rompió el frágil tabique, y penetró como una tromba en el patio de butacas.

Baldani, que se había dejado caer sobre el asiento trasero, ante la inminencia de la colisión, se incorporó y abrió mucho los ojos, al contemplar ante él la enorme pantalla de Cinemascope, donde una legión de apaches corrían al galope tras el larguirucho James Stewart.

Lanzó un rugido, y zarandeó a su chófer, loco de cólera.

—¡Atrás; marcha atrás, estúpido! —ordeno.

Su chófer se apresuró a cumplir la orden. Ante la estupefacción del público que llenaba el cine de verano, el coche salió por el mismo boquete por el que había penetrado, dejando el suelo cubierto de cascotes.

Para entonces, Baldani había descolgado el radio-teléfono, y gritaba, iracundo, sus órdenes.

—¡Valletti, Giuliano Valletti! ¿Dónde estabas, *maledetto caprone*? ¡Envía a tus hombres fuera de la taberna, y ponles en un taxi! Valerio Razzoni ha logrado escapar...

El potente automóvil alcanzó la carretera, y rodó a ciento cincuenta kilómetros por hora, dirección San Remo.

Por desgracia, la motocicleta había desaparecido.

Rossana rompió a llorar, al contemplar el rostro desencajado y palidísimo de Valerio Razzoni.

—Ahí lo tienes —acababa de decir Leone, entre orgulloso y despedido.

Valerio intentó bajarse de la moto, y acercarse al rústico mostrador de la caseta, pero Leone le había llevado hasta allí a través de montículos, badenes y baches.

Tenía los riñones hechos pedazos, y la tensión nerviosa padecida

en el viaje acabaron con su resistencia, en cuanto hubo dado dos pasos.

Rossana había gritado, al reconocerle.

Y se había precipitado locamente fuera de la tienda, e inclinado sobre Valerio para abrazarle.

Dos de los jóvenes del grupo le llevaron bajo la enramada.

—Acababa de encontrar el «Lancia» —explicó—. Leone. —Se encuentra en una de las últimas calles de Bussana. Vi en la carretera a un tipo que parecía estar borracho, y corría por el centro, tambaleándose. Era él, Valerio.

—Este hombre está mal. Necesita un médico —dijo el pequeño y nervioso Andrea Rischi.

Las lágrimas de Rossana caían, tibias, sobre el rostro de Valerio.

—Sí —afirmó alzando la barbilla voluntariosamente—. Tenemos que cuidarle, avisar a un médico. Pero no puede estar aquí.

—Tienes razón —estuvo de acuerdo Leone—. «Ellos» le buscan. Un «BMW» nos vino siguiendo, y tuvimos que darle «esquinazo». Todos sabemos de quién es el «BMW».

—Pero ¿adónde le llevaremos? Ninguno de nosotros tiene casa, ni guarda la menor relación con sus padres. No disponemos de un lugar seguro. Puedo pedirle su «Fiat» a Lauro Paresi, para transportarlo, pero...

—Ve por el coche, Andrea —le animó Rossana, limpiándose las lágrimas de un manotazo rabioso—. Entre tanto, ya se me ocurrirá algo. Y vosotros: repartíos por la playa, en la carretera, al borde de los eucaliptos. Y avisad, si viene alguno de esos canallas.

Mientras sus jóvenes compañeros iban a cumplir con sus instrucciones, Rossana se inclinó sobre Razzoni y le cubrió de besos.

Luego, mojó un pañuelo en agua y refrescó sus facciones.

Valerio abrió los ojos y la miró.

Inmediatamente sonrió.

—Rossana, *amore mio*, no imaginé que podría volver a verte —murmuró.

—¿Qué te hicieron esos canallas? ¿Quiénes son?

—Baldani, el príncipe Baldani, Martini, el doctor Neromonte... y no sé cuántas personas más. Son de la Società, ¿comprendes? Muy peligroso, mortalmente peligrosos. Te estás jugando la vida teniéndome aquí, Rossana.

—Calla. Yo lo arreglaré todo. Te llevaré a un lugar seguro, y un médico de confianza te curará.

—¿Dónde está ese lugar?

—La casa de mis padres. Tienen una preciosa villita, cerca de Ospedaletti. Un lugar tranquilo y seguro. Les diré que vuelvo al hogar, con la condición de que te cobijen y te protejan.

Valerio la miró, asombrado.

—¿Serías capaz de abandonar a tus amigos, a tu grupo... por mí? —preguntó, vacilante.

—Sí —respondió ella, con aplomo.

## CAPÍTULO X

Tenían el aspecto de un matrimonio acomodado, común y corriente.

Y miraron con avidez a Rossana, pero con manifiesta frialdad al joven que ella sostenía por la cintura.

—No debías hacernos cargar con tan gran responsabilidad —dijo el padre, Renato Tavolani.

—Bien, en ese caso, buscaré a alguien que quiera acoger a Valerio —dijo Rossana con decisión.

Pero su madre, Loretta, la detuvo con un grito:

—¡Espera, hija!

Corrió hacia ella, la abrazó, la estrujó en sus brazos, la besó con intenso amor.

Miró a Valerio y dijo:

—Es muy guapo. ¡Pobrecillo, no parece sentirse muy bien! Vamos, hija, te ayudaré a llevarlo a la habitación de tus tíos. Al fin y al cabo, ellos jamás han aceptado nuestra hospitalidad.

Tavolani se acarició, nervioso, el fino bigotillo y rugió:

—Pero ¿qué haces, desgraciada? No lo has comprendido, ¿verdad? Vamos a contraer un grave compromiso. Martini ha querido siempre a Rossana... ¡Si él llegara a saber que hemos dado albergue a este muchacho...!

—Peor para ti, Renato. Martini te haría correr de un extremo a otro de la Riviera dei Fiori, eso es todo. Y te lo mereces. Nunca me gustó Martini... ni los otros...

—¡Espera! —Tavolani había tomado a su esposa por un brazo—. Cuando cerré la tienda, entré en la cervecería de Dino Allasio. Vi a Luigi Corso y a otros tres hombres. Iban buscando a alguien. Y cuando esos buscan a un hombre, jamás vuelve a verlo nadie vivo. ¿Te das cuenta, pedazo de mula testaruda?

Loretta Tavolani era fina y delicada, pero se sacudió de la mano

de su marido con increíble energía.

—Suéltame. Eres un calzonazos. Para mí solo hay esto: mi hija me necesita, y ella ama a este muchacho. Les ayudaré a los dos, aunque sea lo último que haga. Y tú, si tienes tanto miedo, ocúltate en la carbonera... ¿No era lo que hacías, durante la guerra?

Tavolani bajó la cabeza. Parecía humillado.

Luego, de repente, siguió a su mujer y a su hija, y dijo:

—Déjame, yo llevaré al chico. ¡Loretta, Loretta, esposa mía, siempre estuviste equivocada conmigo...! No me escondía en la carbonera porque tuviera miedo, sino porque era allí donde tenía escondida una metralleta bien cargada, ¿comprendes?

Su esposa le dejó hacer y sonrió: había logrado sacar a flote el amor propio de su esposo. Y en tales circunstancias, sabía que podía contar con él.

—Hay que llamar a un médico, mamá —dijo Rossana, en cuanto hubieron acomodado a Razzoni sobre la cama—. Creo que le han estado inyectando drogas. Está tan débil que ni siquiera puede mantenerse en pie.

—El doctor Trenchi —respondió su madre—. Es pariente mío, y será discreto. Le llamaremos por teléfono.

—Bien. Yo iré a devolver el coche a San Remo.

—¿Por qué, hija? Acabo de recuperarte, y te marchas ya...

—Debo hacerlo, madre. Pedí a Andrea que me dejase conducirlo... para evitar que supiera adónde veníamos. No desconfío de Andrea, es un buen chico, pero «ellos» podrían interrogarle y... ¿comprendes?

—Comprendo. Eres una chica muy inteligente, hija. Lástima que no terminaras tu carrera de farmacia. Hubiera sido...

Rossana la miró con ironía:

—Olvidalo, mamá. Dame un beso.

Se disponía a salir, cuando apareció Tavolani, gesticulando.

—¡Es él! Ha despertado y te llama. Parece muy excitado —dijo.

Corrieron junto a Razzoni, y vieron que se había incorporado sobre el lecho.

—Rossana, necesito un traje. Debo poner una conferencia urgente —pidió él, con voz estrepajosa.

—Pero ¡no puede ser, Valerio! No llegarías a la puerta —protestó la joven.

—Es necesario —insistió tercamente Razzoni—. Escucha: ellos creen que he enviado documentos comprometedores a Pascuale Adorno, el editor de la revista *Cittadino*, para la que trabajo. Oí a, Baldani como ordenaba a Martini que enviase hombres a Roma. Debo prevenirle. Si no lo hago, los forajidos de Martini asaltarán las oficinas, quemarán los ficheros y archivos, tal vez disparen contra Adorno o sus colaboradores, ¿no lo comprendes?

Valerio se había ido excitando por momentos, hasta que sus labios comenzaron a temblar, imaginando lo que podía sucederle a Adorno y los suyos.

—Sí. Valerio. Tienes razón, esos hombres corren peligro. Pero descansa: puedo pedir una conferencia, desde aquí mismo. Hay teléfono en casa. Dame el número...

Pero Razzoni denegó con la cabeza:

—No es posible, Rossana. «Ellos» lo vigilan todo, pueden comprar a un policía o a una operadora de teléfonos. Es mejor viajar hasta Ospedaletti. Allí nadie me conocerá, ni podrá dar mi dirección...

—De acuerdo —asintió ella—. Iré a Ospedaletti.

Su padre la detuvo por un brazo.

—Tú te quedas. No voy a permitir que tengas un mal encuentro. Yo iré. Sólo necesito que me digas dónde debo dejar el coche. Volveré en un taxi.

Rossana tomó las manos de su padre, y las apretó con ternura.

—Gracias, papá. Confiamos en ti. Pon la conferencia, y vuelve a San Remo. Quedé con Andrea que dejaría el coche en la Piazza Grimaldi. Y no tardes. Estaremos preocupados por ti —dijo.

Loretta acompañó a su esposo hasta la puerta.

Sus ojos estaban brillantes de emoción, cuando dijo:

—Querido Renato: ahora estoy segura de que bajabas a la carbonera porque allí escondías tu metralleta... *Bravo, sposo mió, bravissimo!*

Tavolani sonrió, bajó los tres peldaños de la entrada, y se metió en el coche. Unos segundos después, salía a la carretera.

Al atardecer del día siguiente, Tavolani dejó algunos periódicos sobre la cama de Valerio.

—Mira la crónica de sucesos, hijo. Tal vez lo que leas te sirva de satisfacción —dijo.

Valerio tomó uno, y lo hojeó rápidamente.

En la crónica de Roma, había una noticia, que atrajo inmediatamente su atención.

«CINCO DESCONOCIDOS ASALTAN LA REDACCIÓN  
DEL SEMANARIO *CITTADINO*»

«Anoche, a las diez, cinco desconocidos penetraron en la redacción de la revista *Cittadino*, tras romper la puerta y golpear al vigilante, única persona que se encontraba en las oficinas.

»Un comunicante anónimo había prevenido al editor de la revista, Pascuale Adorno, quien avisó a la policía y ordenó desalojar las instalaciones.

»Los asaltantes fueron sorprendidos por los policías, cuando trataban de prender fuego a los archivos.

»Como se resistieran a la orden de entregarse, la policía se vio obligada a hacer fuego cuando dos de los individuos sacaron sus armas de fuego.

»Tres de los asaltantes perdieron la vida en la refriega. Por fortuna, no hubo que lamentar...»

Una débil sonrisa plegó los labios de Valerio.

El aviso había surtido efecto. Adorno estaba a salvo, y los «torpedos» de la Societá habían sufrido tres bajas. No estaba mal.

Tampoco Razzoni se sentía mal. El médico que le había asistido en la villita de los Tavolani había expuesto la necesidad de avisar a la policía.

—No hay duda de que estuvo a punto de morir, señor Razzoni. Creo que lo más justo sería denunciar el caso.

—No, por favor —suplicó el joven—. Si lo hace, tendré que abandonar esta casa, y comparecer ante la policía y el juez. Hay muchas personas que están deseando tenerme al alcance de sus metralletas.

El médico transigió, al fin. Pero se negó en redondo a permitir que Valerio abandonase el lecho en una semana.

—Hágame caso, es por su bien. Aún no puedo comprender cómo no ha sufrido un colapso mortal, señor Razzoni. Si trata de esforzarse antes de que se haya recuperado, podrá en peligro su

vida.

—El doctor tiene razón, Valerio. Prométeme que descansarás hasta que te hayas recuperado —exigió Rossana.

Tuvo que acceder. ¡Qué remedio! No se trataba solamente de dar gusto a Rossana, sino de su propia vida.

Durante los días siguientes, Renato Tavolani traía invariablemente las mismas noticias:

—Están en todas partes. Vigilan los teatros y los cines, los hospitales y las comisarías... Incluso en el cementerio he visto a dos de «ellos». No dejan de buscarte, hijo.

Dos días más tarde, Tavolani regresó a casa hacia el anochecer.

Estaba tan pálido, que su esposa se sobresaltó.

—¡Renato, *amore mio*!, ¿qué te ha sucedido? —preguntó, amorosa.

Tavolani tuvo que tomarse un gran vaso de vino tinto, antes de que sus mejillas comenzaran a recobrar un poco de color.

—Domenico estuvo en la tienda... —empezó a decir.

—¿Domenico? ¿Te refieres a Martini?

—¿A quién podría ser? Me preguntó por Rossana. Pero en un tono que la camisa no me llegaba al cuerpo. «Tu hija es una perdida», dijo. «Ha ayudado a un tipo señalado por “*il dito nero*” [4] del príncipe Baldani, Tavolani. Si sabes dónde está ella, lo mejor es que me lo digas».

—¡Canalla! —exclamó Loretta—. Si se acercan por esta casa, cogeré tu escopeta de caza y les chamuscaré los bigotes. Y tú, ¿qué hiciste, Renato mío?

—¿Qué quieres que hiciera? Me sentí enfermo. Pero sonreí, ya lo creo. Y le aseguré que si supiera dónde está mi hija, haría tiempo que Rossana carecería de piel.

—¡Tú, pobre cordero!

—Eh, eh, menos chungo, Loretta. El caso es que Martini pareció conforme. Y se marchó. No vendrá a molestarnos aquí, créelo. El piensa que seguimos viviendo en la vieja casa de Passaggio Alegre, en San Remo. De todas formas, que Rossana no se asome a las ventanas siquiera. Son unos malvados, unos criminales sin conciencia... ¡Sabe Dios lo que harían si...!

—¡Calla! —exclamó Loretta, estremecida de pavor.

Del pasillo, llegó la voz de Valerio.

Tavolani entró en la alcoba, e intentó bromear.

—¿Cómo va eso, muchacho? Ah, veo que tienes mejor color en la cara...

—No intente disimular conmigo —dijo Valerio, mirándole a los ojos—. Lo he oído todo. Y comprendo que están exponiéndose demasiado por mí. Pero yo lo arreglaré, y le daré una solución a esta situación.

—¿Cómo, hijo? —preguntó Tavolani, con tristeza.

—Espere que pasen unos días. En cuanto el doctor me lo permita, haré algunas gestiones. Empiezo a comprender muchas cosas. Rossana me ha ayudado mucho, contándome algunas cosas en relación con Sergio, mi hermano. Ella le vio muchas veces en compañía de Paola Smicetti, por ejemplo.

—Bien. Pero no entiendo nada.

—Ni es necesario. En estas circunstancias, cuanto menos sepa, tanto mayor será su seguridad personal —respondió Valerio.

—De acuerdo, puede levantarse —dijo el doctor Trenchi.

Desde el otro lado de la habitación, Rossana miró a Valerio con dramática intensidad.

La muchacha sabía que había llegado el momento más temible: Valerio estaba bien, se había recuperado.

Y ahora...

—¿Crees que tus amigos podrían ayudarme? —preguntó él, cuando el médico hubo abandonado la habitación.

La joven se retorció las manos, nerviosa.

—Supongo que no servirá de nada suplicarte que olvides esta pesadilla, Valerio. ¡Piénsalo! Tú y yo podíamos irnos lejos de aquí, por una temporada. Mis padres están a salvo. Sólo tú y yo corremos peligro —habló fogosamente, tratando de convencerle.

Las facciones de Razzoni se atirantaron.

—Lo siento, Rossana. Pero no puedo olvidar a Sergio, asesinado a balazos. Ahora sé quién dio la orden de matarle: Martini. Tengo el deber de vengar a Sergio, de aplastar a Martini y a Baldani. ¿No lo entiendes? Son como una legión de demonios, perfectamente unidos para derramar el mal por todas partes. Sé que no podré acabar con todos ellos, pero sí desenmascarar a algunos.

—¿Cómo?

—Ya te lo he dicho. Sergio no era tonto. Sin duda, quería

abandonar la Societá. Y se previno: recogió pruebas que podían derribar a muchas personas. Eso es lo que debo encontrar: la documentación que Sergio recogió. Ellos no la han recuperado; por tanto, tiene que estar escondida, en alguna parte.

Rossana se limpió con brusquedad las dos lágrimas que habían brotado de sus hermosos ojos negros.

—Está bien. Sea. Pero yo estaré contigo.

—No. Te conocen bien, y no podrías pasar desapercibida. Iré yo. Pero necesito la ayuda de tus amigos. ¿Puedes confiar en ellos?

Sí. Los más decididos son Leone, Andrea y Lauro Paressi. Seguramente estarán en la playa. ¿Qué piensas hacer?

—Entrevistarme con Paola, la amiguita de Sergio que trabajaba en

L'Uccello

Rosso. Ahora, procúrame alguna ropa. La de tu padre me vendrá algo ancha, pero no importa. Así me desfigurará más.

La joven estaba mirándole fijamente.

—No —denegó—. Tengo algo mejor para protegerte. Ven.

Le llevó a un pequeño tocador, en el pasillo, y le obligó a sentarse ante el espejo.

—Un buen afeitado, maquillaje denso, unas pinceladas de *rimmel*, rojo de labios, sombra de ojos, grandes gafas y una de mis pelucas, harán el milagro —dijo de carrerilla.

—¡Estás loca! No voy a plegarme a...

Pero tuvo que transigir. Cuando, media hora después, Rossana le permitió mirarse al espejo, Valerio dejó oír un chiquillo de asombro.

La imagen que veía en el espejo no era la suya... sino la de una mujer, medianamente atractiva.

Rossana completó su aspecto con una larga peluca, unos pantalones rojos, y una trenca ligera.

—Ahora me siento más tranquila. Nadie te reconocerá, Valerio —dijo ella, admirada de su obra.

Loretta Tavolani se quedó de una pieza, al ver a su hija acompañada por una «mujer».

—No grites, mamá. Pero es él, Valerio.

Hacia las seis de la tarde, Razzoni abandonaba la villita de los Tavolani, y caminaba por el lado izquierdo de la carretera, rumbo a

San Remo.

Algunos automovilistas se detuvieron junto a él. Valerio enrojeció, pero simuló no reparar en sus expresiones admirativas.

Un malhumor hondo comenzó a desatarse en su interior. Pero Rossana lo había dicho:

—Tu disfraz es el mejor pasaporte, Valerio. Nadie podrá reconocerte.

Afortunadamente, un kilómetro más allá encontró la parada de un autobús interurbano, que hacía el servicio Ospedaletti-San Remo.

Sólo tuvo que esperar diez minutos antes de que el autobús se detuviera y le recogiera.

A las siete, Valerio descendió hacia la playa, a través de los eucaliptos.

De la caseta no quedaba nada, sino algunas maderas a medio carbonizar y un montón de pavesas.

Junto a las rocas, sin embargo, encontró a Leone Danova y a Andrea Rischì, ambos con caras de pocos amigos.

Al distinguir a la «mujer», Leone se puso en pie, y tocó con el codo a su amigo Andrea.

—¿Quién será ésa...? Viene hacia nosotros —murmuró.

Valerio se detuvo ante ellos, embarazado.

—*Ché cosa vuole, signorina?* —preguntó Andrea, decidido.

—¡Al diablo! —exclamó Valerio, nervioso—. Soy Valerio, ¿o no podéis reconocerme?

Andrea y Leone estallaron en carcajadas interminables.

## CAPÍTULO XI

—Oye —exclamó Leone, zarandeando a Andrey para detener su risa—. Es verdad. Es él, es su voz. Aunque...

—Bien —le interrumpió Valerio—. Celebro haber provocado vuestra risa. Pero necesito vuestra ayuda. Quiero encontrar a Paola, la chica de

L'Uccello

Rosso. Es urgente, muchachos.

Leone le miró sin pizca de amabilidad.

—Escucha, Valerio. Desde que llegaste tú, han empezado a irnos mal las cosas. Has conseguido llevarte a Rossana... Y también que «ellos» destruyeran nuestro campamento —dijo con acritud, dirigiendo la mirada al montón de ceniza en que se había convertido la caseta.

—Lo siento —admitió el periodista—. Pero Rossana dijo que me ayudaríais. Sólo quiero vengar el asesinato de mi hermano, Sergio Razzoni. «Ellos» le mataron.

—¿Es cierto? —preguntaron Andrea y Leone, a la par.

—Paola salía con Sergio. Quiero hablar con ella. ¿Me ayudaréis?

Hubo una leve indecisión. Luego, Andrea fue el primero en responder.

—¿Por qué no? Te ayudaremos. ¿Cuándo hemos pensado con sensatez? —rió—. ¡Jamás!

Era un pueblo pequeño, una aldea llamada Coldirolì.

Incluso algunos cerdos campaban por la calle principal, y un arroyo de aguas fétidas corría por el centro.

Preguntaron a un campesino, que reparaba un tractor a la puerta de un corralón.

—Por favor, busquemos a Paola Smicetti.

—¿Paola? ¿La cabaretera? —preguntó el hombre—. Vía Reale,

aquí, a la derecha.

Las motos ascendieron calle arriba y torcieron a la derecha.

La casa donde vivía Paola era baja, pequeña y miserable.

Valerio parpadeó, asombrado, cuando aquella mujer enlutada, con un pañolón en la cabeza, salió a recibirles.

Tuvo que explicar la razón a su disfraz, hablar de Sergio, amenazar y suplicar, antes de que Paola se decidiera a hablar:

—¡Míreme, señor Razzoni! Yo también estoy disfrazada. Porque tengo miedo. No debiera decirle nada, pero... Bien, Sergio, fue un buen amigo. Estaba atemorizado y me habló de algunas cosas. De su trabajo en la motora, de las salidas a media noche para abordar los barcos que traen el contrabando, de venganzas y de otras cosas horribles. Estaba atemorizado, temía que fueran a eliminarle, un día u otro.

—¿Le dijo que tenía pruebas contra «ellos»? —preguntó Valerio, ansioso.

—Sí, algo de eso me dijo. Llevó su coche al taller de Peppone Fischio. El coche estaba bien, pero lo llevó para poder hablar con Peppone, en quién tenía mucha confianza. Una noche me dijo: «He hablado con Peppone. Está de acuerdo en que, si me pasa algo, denunciará a la policía mi asesinato». Creo... que Peppone debió hacerlo, es decir, se puso en contacto con la policía. Y le mataron.

—No puedo creerlo. Eso significa que la policía también...

—«Ellos» están en todas partes, señor Razzoni. Tienen dinero abundante, y sobornan a los funcionarios. Esto es todo lo que sé. Por favor, no digan a nadie que me han visto. Aquí, en Coldiroli, pasaré desapercibida.

—Descuide. Nadie sabrá nada —prometió Razzoni...

Minutos después, volvían a San Remo. Valerio iba en la motocicleta de Leone, agarrado con una mano al muchacho, y sosteniéndose la peluca con la otra.

Pararon en una estación de servicio, a la entrada de la ciudad, y llenaron los depósitos de combustible.

Valerio estaba pagando la cuenta, ante la admirativa expresión del mozo, cuando Leone y Andrea se acercaron a él.

—¿Qué vas a hacer? Pronto será de noche —dijo Andrea, que parecía ansioso de aventuras.

—Tengo que hablar con Roma. Hay algo que deseo averiguar: si

puedo confiar en el comisario Petri.

—¡Ese «poli» condenado! Seguro que sí. Es un «hueso» duro —afirmó Leone—. No transige con nada. En San Remo, hay muchas personas a quienes les gustaría verle lejos. Pero le temen.

—Tengo en Roma un amigo que puede darme informes preciosos. Es Favio Mortola, el mejor detective de Italia. El conoce muchos datos acerca de la Societá. Me ayudará. ¿Vamos?

A las nueve, las motos se detuvieron ante la gran cervecería de Dino Allasio.

—Entra ahí. Tienen cabina para conferencias —dijo Andrea—. Nosotros te esperaremos fuera.

Valerio penetró en la cervecería, y advirtió que algunos hombres se volvían desde la barra, lo que provocó un extraño ardor en sus mejillas.

Cinco minutos después, tenía comunicación con la oficina de Mortola. Valerio expresó su petición, y escuchó la respuesta de su amigo.

—Espera tres minutos. Voy a comunicarme con Grabiele Verini, de la Sociale. No te retires del teléfono.

Exactamente cuatro minutos más tarde, tenía la información.

—¿Inspector Damiano Petri? Puedes confiar en él. Es famoso por su interés en desarticular células mafiosas. Estuvo en Turín, Venecia y Palermo, y realizó una notable labor de limpieza. Petri es honrado a toda prueba.

Valerio dio las gracias a Mortola y colgó.

Se dirigía a la calle, cuando los vio en pie, junto a la barra.

El calvo Giorgio La Troppa y otros dos hombres, de indudable aspecto, le miraban con desvergüenza.

Valerio vaciló.

En aquel momento, un muchacho pasó junto a él, llevando una gran bandeja llena de tartas y pasteles.

Un pico de la bandeja se enganchó en los cabellos de Razzoni y... le arrancó la peluca.

La expresión de los «torpedos» hubiera hecho reír a Razzoni, de haberse encontrado en otras circunstancias.

Primero abrieron mucho los ojos y la boca. Después palidiecieron, e inmediatamente se atragantaron.

Para entonces, Valerio corría ya a toda la velocidad de sus

piernas hacia la salida.

En mitad de la calle, en medio de la multitud de personas que deambulaban en ambos sentidos, se volvió y vio a La Troppa, con una pistola en la mano y buscándole ansiosamente con los ojos.

No podía pararse a pensar. En su loca carrera, derribó a dos personas y penetró a través de la primera puerta que vio abierta.

Subió por una escalera llena de cascotes y de polvo. No había puertas ni ventanas: era un edificio en ruinas.

Siguió subiendo por la vieja escalera. Hasta que se encontró en una azotea, cuyo piso estaba lleno de agujeros.

Corrió hacia la balaustrada, y algunos ladrillos cayeron estruendosamente a través de uno de los agujeros.

En la calle, los viandantes miraban hacia arriba y gesticulaban vivamente.

La Troppa acababa de volver a la cervecería de Allasio, mientras sus dos compinches aguardaban en la calle. Uno de ellos, en la puerta del edificio en ruinas, el otro vigilando la fachada, con la mano derecha sospechosamente sepultada en el bolsillo de su chaqueta.

Desmoralizado, buscó con la mirada a Andrea y a Leone. Pero no los encontró.

De abajo, llegaban gritos excitados.

—¡Es un loco, es un loco peligroso! ¡Se ha escapado del manicomio, y ha atacado a un muchacho!

Valerio se atragantó: se referían a él.

Era evidente que los «torpedos» habían divulgado entre la muchedumbre aquella falsedad, con la intención de... ¿qué?

Se apartó de un empujón de la balaustrada, y buscó con ansia a su alrededor.

Avanzó con cuidado, tanteando con los pies el piso, temeroso de que aquella ruina cediera bajo sus plantas y se precipitase abajo.

Un momento después, se convencía de que no había escapatoria. Los edificios circundantes eran bajos. Por cualquiera de sus extremos, existía una altura de más de quince metros.

Obsesionado, volvió a la balaustrada, y asomó la cabeza para mirar.

Una sirena aulló, próxima. Un momento después, una ambulancia penetraba en la atestada calle, y frenaba ante el edificio

ruinoso.

Dos hombretones, vestidos con batas blancas, abandonaron el vehículo.

—Loqueros —murmuró Valerio, presintiendo lo que se le venía encima.

—¡Arriba! —aullaba el populacho, sediento de emociones morbosas—. ¡Está en la terraza!

Los dos tipos de las batas blancas penetraron en la casa.

Valerio agarró un ladrillo y aguardó, en terrible tensión.

Dos minutos después, los loqueros penetraban en la terraza.

—Vamos, cálmese —dijo uno de ellos, después de observarle durante unos segundos—. No va a ocurrirle nada, amigo.

—Eso espero —respondió Razzoni, apretando los dientes hasta que chirriaron.

Los dos hombres avanzaron con cuidado, cada uno por un extremo.

—Quédese ahí quieto, o le romperé la cabeza con este ladrillo. Después, me arrojaré al vacío —amenazó Valerio, al ver que uno de ellos avanzaba con más decisión.

El hombre lanzó una carcajada.

—Si su deseo es arrojarse al vacío, ¿por qué tiene que lanzarme el ladrillo? ¡Vamos, suba a la balaustrada y láncese! Será un bello vuelo.

Valerio se estremeció.

Estaba claro que aquellos hombres no eran loqueros, sino dos forajidos, con batas de sanitario, enviados por Giorgio La Troppa.

Retiró el brazo súbitamente, y lanzó el ladrillo. Pero el hombre se apartó con gran facilidad, y evitó el peligroso golpe.

Aprovechando la ocasión, el otro individuo saltó sobre Razzoni, y le aplastó con su formidable peso.

Cuando pudo incorporarse, una camisa de fuerza inmovilizaba sus brazos a la espalda.

—¡Abajo! —Gruñó uno de ellos—. Y cuidado con él, Fidele. El «capo» nos arruinaría, si le dejamos escapar.

Le arrastraron brutalmente escalera abajo, y le sacaron a la calle.

La multitud prorrumpió en una exclamación contenida.

—¡Es el loco! ¡Le han cazado! Miradle, sus ojos destilan maldad.

—Es un asesino, estoy seguro.

—La culpa es del Gobierno, de las autoridades, de...

—¡Apártense! —gritó rudamente uno de los falsos loqueros.

La gente retrocedió, asustada.

Valerio tragó saliva.

La ambulancia estaba a ocho metros de distancia. Era lo que le separaba de la muerte. O de la auténtica locura, si Baldani se empeñaba en administrarle un nuevo «tratamiento».

Súbitamente, se oyó el zumbido del motor de una moto.

Algunas personas retrocedieron, chillando y... ¡Leone apareció sobre su máquina, lanzado a toda velocidad, en dirección a ellos!

La moto chocó contra las piernas de uno de sus guardianes, y le derribó a tres metros de distancia.

Andrea Rischi apareció en aquel momento. El hombre al que intentaba derribar, reculó, con el miedo reflejado en su rostro brutal, pero de nada le valió.

La rueda delantera de la motocicleta le golpeó en el vientre, le derribó y pasó por encima de él.

Leone había hecho derrapar su máquina para detenerla en medio de la calle, y gritaba ya.

—¡Corre, corre con todas tus fuerzas!

Con las manos a la espalda, Valerio corrió ridículamente hacia él, y saltó sobre el sillón trasero.

—¡Aprieta las piernas! ¡Sujétate con ellas o caerás! Prepárate... ¡Vamos a volar! —gritó Leone.

Ante la atemorizada actitud de las gentes que contemplaban el suceso, Leone y Andrea pasaron entre ellos como una tromba, y ganaron la Strada Mariolenni.

Al cabo de un rato de loca carrera, Leone se volvió hacia Razzoni.

—¿Algún otro servicio por esta noche, señor? —preguntó burlonamente.

—¡Sí...! —respondió Valerio, a gritos—. ¡Quiero que me lleves a la Squadra Criminale! ¡Quiero entrevistarme con el comisario Petri!

Leone frenó en seco. Tan brusca fue la frenada, que la moto se bamboleó a punto de derribarles.

—¡Ni lo pienses! —gritó Danova—. Estoy de acuerdo en que he perdido parte de mi juicio, pero no estoy tan loco como para

ponerme en manos de Petri como un corderito.

—Iremos —dijo Valerio, con voz grave—. Y nada os ocurrirá, ni a. Andrea ni a ti.

Leone dio un pedalazo furioso, arrancó y siguió a Andrea, que les llevaba mucha delantera.

Hacia las once de la noche, se detenían ante la Squadra.

El policía de la puerta desorbitó sus ojos, al contemplar a aquel individuo, sujeto por una camisa de fuerza, que preguntaba por el comisario Petri.

## CAPÍTULO XII

El príncipe Baldani se puso bruscamente en pie cuando Martini susurró en su oído que los «hermanos» estaban reunidos en el salón.

En efecto, casi un centenar de personas de ambos sexos esperaban en el gran salón del ala oriental de la villa.

Baldani se pasó nerviosamente una de sus cuidadas manos por sus cabellos plateados, y dejó vagar sus ojos glaucos sobre los reunidos.

—Oídmeme —empezó—. Desde hace quince años, desde que murieron mi esposa y mi hija, he sido para vosotros el «capo», el dirigente. Vuestros negocios han prosperado, y también vuestras ganancias. Ya conocéis nuestros valores básicos:

*L'onore*

y

*l'omertá*

. El honor dentro de nuestras familias y la conjuración del silencio. Pero ahora nos amenaza un grave peligro. Un sucio *traditore* logró conocer nuestros secretos. Aquel hombre tuvo el castigo que merecía: la muerte. Pero su secreto no ha sido recuperado. Hay un hombre, Valerio Razzoni, que puede ser la clave de nuestra seguridad o nuestra ruina. Os encargo: buscadle por todo el país y traédmelo. No descanséis hasta haber cumplido con vuestro deber. Ahora, utilizad toda vuestra fuerza. Id.

Martini fue el primero en desfilas. Baldani le siguió con la mirada, y sus mejillas tersas se plegaron en un rictus de sospecha.

Martini no era el jefe de *consorteri* que él había creído. Era blando, estúpido y haragán.

Lentamente, fueron desfilando los «hermanos». En sus coches, de forma espaciada, fueron abandonando la opulenta villa del príncipe.

Al cruzar las calles de Bussana, tres sombras se aplastaron en el quicio de la gran puerta del garaje que había pertenecido a Peppone

Fischio.

Inmóviles, expectantes, aguardaron hasta que el último automóvil desapareció hacia San Remo.

—Parece que han salido de la villa de Baldani —murmuró Andrea.

—Sí —respondió Leone, en el mismo tono—. Y no es difícil adivinar el motivo de la «asamblea».

—Me buscan como perros rabiosos, ¿no es eso? —replicó Valerio Razzoni.

—No te las des de importante —murmuró Leone, preocupado—. Si nos encuentran a Andrea y a mí, puedo jurar que no se van a dedicar a deleitarnos con arias de Verdi.

—Vayamos a lo nuestro —les animó Razzoni—. Apalanquemos al unísono.

El cierre de la puerta corredera chirrió estridentemente, y la chapa se alzó veinte centímetros.

Entre los tres, la alzaron un poco más, y se escurrieron al interior.

En el inmenso garaje había un camión, dos viejos automóviles desguazados y... el carísimo «Cooper» que había pertenecido a Sergio Razzoni.

Los dedos luminosos de las linternas se aproximaron al coche.

—Repartámonos la tarea —propuso Razzoni—. Hay que mirarlo todo: maletero, bandejas, alfombras, asientos, motor, guardafangos, paragolpes... Todo. Si es necesario desguazar el coche, lo haremos.

—Lástima —murmuró Leone, admirando las bellas líneas del automóvil—. ¿Crees que servirá de algo, Valerio?

—Sí. Ahora estoy seguro de que Sergio lo trajo aquí, por una razón principalísima: poner a salvo su peligroso secreto. Vamos, muchachos, no perdamos tiempo.

No lo perdieron. Pocos minutos después, Andrea extraía un reducido paquete envuelto en plástico y lleno de barro.

—Estaba adherido al guardafangos. ¿Es esto lo que buscas? —dijo.

Valerio se lo arrebató de las manos con avidez, rompió las cintas adhesivas que lo cerraban, y contempló, estupefacto, la libretita de tapas de plástico y la cajita con los microfilmes.

Leone le sostuvo la linterna, mientras observaba aquellos

objetos.

Entonces, Razzoni lanzó un grito, lo envolvió todo en la cubierta de plástico y se lo guardó en el pecho.

—Sergio sabía lo que hacía —exclamó, con gran excitación—. ¡Con esto puedo reventar hasta los cimientos de la Società!

Leone y Andrea le miraron con escepticismo. Ellos conocían, desde siempre, el poderío de la Mafia, y sabían que la Società siempre resurgía de sus cenizas, como el Ave Fénix.

—Vamos, tenemos que ganar tiempo. Aún es hora de poner en práctica mi plan —dijo Razzoni, con tanta decisión que los dos jóvenes le siguieron sin chistar.

El gran «Datsum» gris plata estaba en Ponto Reggie, el núcleo de la zona de espectáculos de la ciudad.

A la una, Giorgio La Troppa salió del club Flavia, y cruzó la plaza en dirección al coche.

Bajo los arcos, trepidó una motocicleta. Giorgio ni siquiera le prestó atención. Pero, de repente, la máquina se lanzó sobre él, acelerando con horrisono estrépito.

No tuvo tiempo de saltar. El fuerte impacto le derribó brutalmente.

Un momento después, la moto pasaba por encima de él, y Leone Danova le devolvía al suelo de una feroz patada en el rostro.

Andrea y Valerio le recogieron del suelo y le arrastraron hacia el «Datsum».

Durante el trayecto hasta los «docks» comerciales del puerto, La Troppa, enfurecido, trató de dar una lección a los jovencitos que le acababan de secuestrar.

Sólo consiguió que una lluvia de golpes cayera sobre él y que su rostro se hinchara monstruosamente.

Leone, que conducía el automóvil, penetró en uno de los «docks», y encendió las luces, mientras Razzoni y Andrea arrastraban al irascible Giorgio hasta la cabina elevada que dominaba el gran tinglado.

Siguiendo uno de los estrechos pasillos que formaban las grandes pilas de madera almacenada, penetraron en la cabina.

La Troppa se estremeció al reconocer al hombre atado a una silla: era Domenico Martini, y su rostro estaba ensangrentado.

—¿Qué queréis? —Gruñó, cuando le acercaron al teléfono.

Valerio Razzoni sonrió con ferocidad.

—Escucha, Giorgio: vas a hacernos un pequeño favor. Y te prevengo: la Società puede sentenciarte a muerte algún día, pero si no haces, exactamente lo que voy a decirte, tú morirás esta misma noche. Aquí, ahora mismo.

La Troppa miró el cañón del arma apoyado sobre su sien y se atragantó: Razzoni empuñaba una «Lupara». Es decir, utilizaba los mismos medios que Giorgio había esgrimido siempre.

—¿Obedecerás? —preguntó Leone, tirándole bruscamente de una oreja.

Giorgio denegó con la cabeza.

Entonces, el primer golpe con el cañón de la escopeta le fracturó el tabique nasal. Su sangre manchó los documentos que había sobre la mesa.

Giovanni tenía aún la cabeza vendada. Su aspecto feminoide se acentuaba más aún con aquel improvisado turbante.

Pero aquello no era lo peor. El príncipe, con sus continuos paseos por el salón, había conseguido poner sus nervios tan tensos como cuerdas de guitarra.

Claro que Baldani tenía sus motivos. Domenico Martini había quedado en transmitirle las novedades posibles a las doce de la noche. Había transcurrido hora y media, y la ansiedad del aristócrata iba en aumento.

Por eso cuando el seco timbrado del teléfono resonó en el salón, Baldani se abalanzó ansiosamente sobre el aparato.

—¿Eres tú, Martini? —bramó—. Creo que te estás pasando de...

—No soy Martini, excelencia —dijo la voz bronca—, sino Giorgio La Troppa. Martini se encuentra ahora mismo en el «dock» número trece del muelle Santo Spirito, tratando con Razzoni la venta de algunos microfilmes. Le he seguido y he oído su conversación. Martini es un traidor, excelencia.

Baldani palideció terriblemente.

—*Non é vero!* —rugió el príncipe, descompuesto—. Soy yo, sólo yo quien puede hacer y deshacer. Ese *parco*...

—Si quiere convencerse, sólo tiene que venir aquí. Le repito que he oído toda la conversación, e incluso he visto los microfilmes y los fajos de billetes que Martini entregaba a Razzoni. ¿Adivina los

propósitos de Martini? ¡Vender nuestros secretos al Gobierno, a la policía!

Las manos de Baldani temblaron epilépticamente.

—*Canaglia...* —murmuró roncamente—. Espera ahí, Giorgio. No te muevas. Iré con algunos de los hombres que quedaron conmigo.

—Descuide, excelencia. Estoy montando guardia. Si no me encuentra fuera, será señal de que he logrado penetrar en el «dock».

Baldani colgó furiosamente, y miró a Giovanni con los oídos llameantes.

—*Presto, stupido!* ¡Avisa a Luigi, a Carlo, a Piero...! ¡Que preparen el coche y dispongan las metralletas! —gritó.

Andrea alzó la «Lupara» y abatió de un culatazo a Giorgio.

Entretanto, Leone volvió con un cubo de agua, y lo arrojó sobre el rostro de Martini.

—Suéltale —dijo Razzoni, con los dientes apretados.

—¿Crees que recuperará el sentido?

—No lo sé. Si no lo recupera, peor para él. Métele la pistola en el bolsillo y déjale. Vamos afuera.

Salieron de la cabina, y corrieron hacia el fondo del tinglado. Allí, subieron a lo alto y dispusieron algunos de los cuadrados maderos para formar un baluarte dominante y seguro.

Todas las luces estaban encendidas, iluminando perfectamente el «dock».

A través de una rendija, Valerio contempló a Martini, que comenzaba a removerse sobre su silla de la cabina.

Pasaron los minutos. Martini se había puesto en pie, tambaleante, y miraba a su alrededor, con expresión estúpida.

Luego, del exterior llegó el estridente chirrido de un frenazo.

—Estemos preparados —murmuró Valerio—. Si la treta no resultara, sólo podemos esperar que nos ayude la policía.

Agazapados, advirtieron cómo Martini aferraba la puerta de la cabina y salía al pasillo elevado donde estaban situados los cuadros de control eléctrico.

En aquel momento, cinco hombres se precipitaron al interior del tinglado.

Llevaban metralletas en las manos, e inmediatamente ocuparon

puestos estratégicos en los pasillos.

Alberto Baldani elevó sus ojos y vio a Martini. Su rostro, de líneas nobles, se transfiguró de ira.

—¡Martini, cochino traidor, vas a morir! —gritó. Y arrebatando la metralleta a Luigi Corso, uno de sus acompañantes, disparó una ráfaga hacia las alturas.

Martini exhaló un alarido agónico, y cayó pesadamente sobre la pasarela metálica.

Su pistola resbaló del bolsillo y golpeó contra el acero.

Valerio vio perfectamente cómo Martini hacía un sobrehumano esfuerzo por incorporarse.

Alzó una mano, apuntó a través del velo rojizo que cubría sus ojos, y disparó hasta cuatro veces.

Baldani tosió secamente, y se llevó una mano al vientre. Su rostro expresaba una profunda perplejidad.

Corso fue el primero en reaccionar. Se inclinó, recuperó la metralleta y disparó como un loco contra Martini, y sus compañeros le imitaron.

De repente, una gran llamarada surgió sobre uno de los cuadros eléctricos. Una explosión arrojó pedazos de metal incandescente sobre un área de más de veinte metros, y la madera comenzó a arder.

—Vamos a achicharrarnos —murmuró Leone.

—¡Salgamos! —exclamó Andrea, muy pálido.

—No es posible. Miradlos, están ahí abajo todavía. Uno de ellos está subiendo a la pasarela. Sin duda, tratan de recobrar los microfilmes... ¡Esperad! —suplicó Valerio.

El local se llenó pronto de un humo denso, irrespirable. Y las llamas alcanzaron la puerta de salida.

—Arriba —exclamó Valerio—. ¡La grúa-pórtico nos permitirá alcanzar uno de los tragaluzes!

Gatearon sobre los maderos, alcanzaron la grúa y destrozaron a culatazos los cristales del tragaluz.

Alrededor del tinglado, los focos de la policía inundaban de luz la zona. Un coche de bomberos se acercó, atraído por sus gritos, y fue elevada una escala.

Sudorosos, sucios los rostros y jadeantes, alcanzaron el suelo.

Petri se acercó a ellos, con su eterno toscano en los labios.

Parecía al borde de la impaciencia.

—¿Lo encontró, Razzoni? Ya sabe a lo que me refiero —dijo.

—Sí. Aquí lo tengo —respondió Valerio. Y se llevó la mano al pecho.

Sus manos no palparon el bulto envuelto en plástico. La camisa se había salido del pantalón y...

—Debió caérseme cuando subimos a la grúa —murmuró, tan blanco como la pared—. ¡Lo he perdido!

Retrocedió, y corrió como un loco hacia el tinglado, envuelto en llamas.

Petri tuvo que galopar tras él, y derribarle sobre los adoquines del muelle.

—¿Está loco? No es posible entrar ahí. Ni siquiera los extintores de incendios conseguirán apagar el fuego. Arderá todo: madera, documentos... todo.

Razzoni se incorporó, y se pasó una mano por la frente, desesperado.

—Vamos, vamos, no sea cobarde ahora. Al fin y al cabo, nadie, excepto usted, los chicos y yo sabemos que esos documentos se han convertido en ceniza, ¿no? —dijo Petri, con una sonrisa astuta en los labios.

Los cuerpos del príncipe Baldani, de Martini y de otros dos hombres muertos a tiros por la policía, habían recibido sepultura.

Rossana estaba muy pálida, muy asustada.

—Nunca podremos estar seguros. En ningún sitio —murmuró.

—Calla. Alguien se acerca —dijo él.

Un caballero vestido de negro se aproximó a Razzoni. El periodista lo conocía: era un hombre importante, un armador llamado don Carlo Firenza.

Firenza murmuró un saludo, miró a todas partes de reojo, y dijo:

—Lo tiene, ¿verdad, señor Razzoni? Depositaré cinco millones de liras en su cuenta corriente, si me lo entrega. Usted sabe a qué me refiero.

Valerio sonrió. Con una sonrisa alegre, pletórica de seguridad y satisfacción.

—Lo tengo, don Carlo...

—¿Me conoce?

—Desde luego. Su nombre está en una de las listas. Pero no voy

a venderle nada, mi querido amigo. He hecho diez copias. Cada una de ellas obra en poder de un notario, bajo secreto de testamento. Nadie sabrá lo que contienen dichos sobres. Nadie conocerá nada... excepto si yo o mi futura esposa, Rossana Tavolani, morimos. En ese caso...

El rostro afilado de don Carlo se elevó, y sus ojillos azules le miraron rectamente.

—Mi deseo es que viva muchos años, señor Razzoni. Pero si usted muriera de enfermedad o por auténtico accidente, ¡podría perjudicar a tanta gente! —susurró.

—Lo he tenido en cuenta. En tal caso, los depositarios de los sobres quemarían su contenido, sin abrirlo. Ésa es mi voluntad.

—Perfectamente. Buenas tardes, señor Razzoni.

Cuando don Carlo se hubo alejado hacia el imponente «Rolls Royce» que le aguardaba a la puerta del cementerio, Rossana había recuperado el aliento.

—¿Lo ves? Todo arreglado —rió Valerio—. No podré enviar a Adorno ningún reportaje sensacional, ni arrancar de cuajo los fundamentos de la Societá, pero nuestras vidas están a salvo.

—Gracias a Dios y a tu increíble astucia.

—No. Fue Petri el que me brindó la idea. Es un tipo estupendo... Pero olvidemos eso. Acércate al seto —dijo Valerio apasionadamente—. Tengo ganas de besarte.

—De mil amores, *sposo mió* —murmuró ella.

Y ambos corrieron a ocultarse tras el seto.

FIN





DESDE AHORA PUEDE LEER  
LAS NUEVAS NOVELAS DE

**CORIN TELLADO**

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES  
DE LA NUEVA COLECCION  
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

**Silvia**

**CORIN TELLADO**

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que  
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-  
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca  
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE  
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.





## NOTAS

[1] Sector de la costa que va desde la frontera francesa hasta Allasio.

< <

[2] El Pájaro Rojo. < <

[3] Lupara: escopeta de cañones aserrados que dispara cartuchos cargados con postas loberas, útil para la caza del lobo. < <

[4] El dedo negro. < <